

# Tierra de Sangre, memorias de las víctimas



Ginna Morelo

Ginna Morelo



Comunicadora Social - Periodista egresada de la Universidad Autónoma del Caribe, Barranquilla. Especialista en Gerencia Pública de la Universidad Pontificia Bolivariana, seccional Montería.

Por su labor periodística ha ganado: Premio de Periodismo Simón Bolívar, Premio Nacional de Periodismo de la Agencia Colombiana de Noticias Colprensa, Premio Amway de Periodismo Ambiental, Premio de Periodismo 'Mario Ceballos Araújo', Premio Semana Petrobras y Premio Iberoamericano de Periodismo 'Sociedad para todos'. Finalista del Premio a un Mejor Caso de Corrupción en América Latina IPYS-TILAC.

Periodista, Catedrática Universitaria y directiva de la Organización Consejo de Redacción.

Tierra de sangre  
Memorias de las víctimas

Tierra de sangre  
Memorias de las víctimas

Ginna Morelo Martínez

2009

# Tierra de sangre

## Memorias de las víctimas

ISBN 978-958-44-5210-8

© Ginna Morelo Martínez

Primera edición: agosto de 2009  
De  
E-mail: [districol@yaho.com](mailto:districol@yaho.com)  
Foto de las víctimas

Fotografías: las fotos de la portada corresponden a los familiares de "El hombre más solo del mundo" y a los difuntos Alejandro Padilla y su esposa Evangelina, de la foto "El exterminio de los Padilla".

Derechos reservados: queda prohibida toda reproducción por cualquier medio sin previa autorización del editor.

Impreso y hecho en Colombia  
por Editorial León, Medellín

Las crónicas "Desenterran las verdades en Tierrabonita", "Fallo república del olvido", "Los migrantes de Bija", "Mejor Espina", "Un nuevo comienzo que se llama reparación" fueron publicadas inicialmente en el diario EL MANTO de Córdoba.

2009

Tierra de sangre  
Memorias de las víctimas

ISBN: 978-958-44-5210-8

© Ginna Morelo Martínez

Primera edición: agosto de 2009

Diseño carátula: Vladimir Ilich Batista Julio  
E-mail: batholoco yahoo.com  
Foto de las víctimas

Fotografías: las fotos de la portada corresponden a los familiares de "El hombre más solo del mundo" y a los difuntos Alejandro Padilla y su esposa Evangelina, de la historia "El exterminio de los Padilla."

Derechos reservados: queda prohibida toda reproducción por cualquier medio sin previa autorización del editor.

Impreso y hecho en Colombia  
por Editorial Lealon, Medellín

Las crónicas "Desentierran las verdades en Tierradentro", "Ralito, república del olvido", "Los migrantes de Bijao", "Mejor Esquina", "Un nuevo comienzo que se llama reparación" fueron publicadas inicialmente en el diario *EL MERIDIANO* de Córdoba.

Contenido

*A mi familia.  
Su silencio cómplice ayudó a  
que este sueño se contara  
en estas páginas.*

Prólogo	9
Introducción	17
Presentación	25
El hombre más solo del mundo	35
Los que mueren	39
Una mujer sola	45
Una familia	57
El hombre más solo del mundo	63
El exterminio de los Padilla	71
El silencio de mis sentimientos	81
Desentierran las verdades en Tierradentro	93
Mejor Esquina	99
Los migrantes de Bijao	105
Un nuevo comienzo	111

A mi familia.  
Su silencio cómplice ayudó a  
que este sueño se contara  
en estas páginas.

ISBN: 978-958-41-5215-3

© Diana María Martínez

Primera edición: agosto de 2008

Diseño gráfico: Vladimir Rich Sotelo, Jairo

E-mail: [bellaluz@punto.com](mailto:bellaluz@punto.com)

Foto de las víctimas

Fotografías: las fotos de la portada corresponden a los familiares  
de "El hombre más solo del mundo" y a los hermanos  
Alejandra Padilla y su esposo Shengping, de la novela  
"El exterminio de los Padilla".

Derechos reservados. queda prohibida toda reproducción por  
cualquier medio sin previa autorización del autor.

Impreso y hecho en Colombia

por Editorial Punto, Medellín

Las críticas "Desentierran las verdades en Tierradetro", "Falso,  
república del olvido", "Los migrantes de Bijao", "Mejor Esquina",  
"Un nuevo comienzo que se llama reparación" fueron publicadas  
inicialmente en el diario EL TIEMPO de Cali.

## Contenido

Prólogo	9
Historias para no repetir las	13
Presentación	15
El repartidor de muertos	19
Ideas que matan	29
Tierra de sangre	45
Mejor Esquina	57
El hombre más solo del mundo	63
El exterminio de los Padilla	71
El Guadual de mis sentimientos	81
Desentierran las verdades en Tierradetro	93
El inspector	99
Las viudas	105
Cristo Romero	111

A mi familia.  
Su silencio cómplice ayudo a  
que este sueño se contara  
en estas páginas.

ISBN 978-95-41-3010-8

San Carlos de Guaymas

Primera edición agosto de 2008

Diseño gráfico: Rodolfo del Real

E-mail: bellvaca@bellvaca.com

Foto de las víctimas

El libro de la memoria pertenece a los familiares  
de "El hombre más solo del mundo" y a los difuntos  
Ricardo Padilla y su esposa Evangelina, de la  
zona "El Guadual de los Padilla".

Este libro es una obra colectiva de los familiares  
de Ricardo Padilla y su esposa Evangelina.

Impreso y hecho en Guaymas

por Editorial Bellvaca, S.C.

Las crónicas "Desentierran las verdades en Tierrandetro", "Falso,  
república del olvido", "Los migrantes de Bijao", "Mejor Esquina",  
"Un nuevo comienzo que se llama reparación" fueron publicadas  
anteriormente en el diario EL MEXICANO de Coahuila.

## Contenido

125

133

141

Prólogo	9
Historias para no repetir las	13
Presentación	15
El repartidor de muertos	19
Ideas que matan	29
Tierra de sangre	45
Mejor Esquina	57
El hombre más solo del mundo	63
El exterminio de los Padilla	71
El Guadual de mis sentimientos	81
Desentierran las verdades en Tierrandetro	93
El inspector	99
Las viudas	105
Cristo Romero	111

República del olvido	117
Los migrantes de Bijao	125
Una reparación que asusta	133
Un nuevo comienzo que se llama reparación	141

## Prólogo

En una guerra las víctimas suelen cargar su dolor en soledad mientras el resto de la sociedad se refugia en la cómoda ignorancia de la barbarie. Eso hasta que termina el conflicto. Luego, viene el tiempo de hablar. De contar qué pasó. Incluso si los que sufren logran ser escuchados, la sociedad acepta que lo que pasó sucedió cuando el asesino confiesa que ha matado. Solo hasta ese momento la sociedad comienza a reconocer poco a poco su nueva y maltrecha cara.

Los colombianos estamos en este punto, pero los que vivimos en las grandes ciudades no nos hemos enterado. Pasamos de la guerra a la paz sin la catarsis. Un día estábamos sitiados, con amigos secuestrados, con historias de masacres y tomas de pueblo en cada noticiero. Al otro, viajando por carreteras, celebrando espectaculares liberaciones de rehenes, la extradición relámpago de

los jefes paras y la caída de un jefe guerrillero tras otro. El dolor no ha sido necesario. Tampoco el arrepentimiento ni el perdón.

En otras regiones de Colombia se vive un proceso diferente. Si para los del centro del país la Ley de Justicia y Paz es un tema legal, ajeno y aburrido, para los cordobeses es un proceso que está convulsionando la sociedad de raíz. *Tierra de Sangre, memorias de la víctimas* de Ginna Morelo, muestra cómo la región que fue epicentro del paramilitarismo comienza a lidiar con su pasado.

Morelo habla con quienes hacen fila ante las agencias del gobierno encargadas de "pagar los muertos" acribillados hace más de una década. Es testigo de la exhumación de las víctimas de la masacre de Tierradentro y narra de manera desgarradora el dolor pero también el alivio de quienes durante años fueron atormentados con la desgracia de no haber dado cristiana sepultura a un ser querido.

Es un libro lleno de dolor, de resignación y por qué no decirlo, de desesperanza. Las víctimas que habitan este libro poco confían en una transición. No tendrían por qué. Fueron desplazadas de un pueblo y también del siguiente. Vieron morir a sus esposos, a sus hijos, e incluso a uno que otro nieto. Escuchan a Mancuso pedir perdón, pero en la calle merodean las Águilas Negras. Para ellas, los victimarios no desaparecen, solo cambian de nombre y uniforme.

Sin embargo, para aquellos que creen que nada nuevo ocurre en estas tierras, el libro de Ginna es revelador. Es cierto que el final del conflicto quizás sea aún lejano.

Pero algo ha cambiado. La prueba más contundente de que algo nuevo está germinando es este mismo libro.

Aunque pocos periodistas como los de Córdoba han conocido tan de cerca el fenómeno paramilitar, durante años este tema rara vez ameritó una nota de prensa. Los paras ponían la dosis de muertos requeridos para llenar la siempre apetecida página judicial de los diarios locales. Pero estos desgraciados morían por lo general a manos de "un arma de fuego" disparada por seres sin nombre ni afiliación. Meros asesinos. De los paras todo el mundo hablaba en privado en Montería. Nadie en público.

Que alguien que vive y quiere seguir viviendo en Montería se atreva a escribir este libro, a ponerle palabras a la tragedia, a rescatar el nombre de las víctimas, a no usar eufemismos para los asesinos y sus cómplices, es la prueba irrefutable de que Colombia está transitando hacia otro lugar. ¿Cuál es ese allá hacia el que nos dirigimos? ¿Es mejor? El libro de Morelo no permite adivinarlo. Pero sí nos obliga a reconocer que transitar ese puente es un proceso doloroso, difícil, que requiere de los héroes que ella también rescata de la anonimidad en sus relatos.

**Juanita León**



## Historias para no repetirlas

El resultado fueron miles de muertos, una cantidad  
ingente de desplazados, bienes robados, rufios trince-  
dos, miseria.

Mientras se gueta avanzaba en todos los frentes,  
los medios de comunicación comenimos muchos peca-  
dos. uno de ellos fue conceder casi más protagonismo a  
los chinos que a sus víctimas. Nos contagiarnos de  
la indiferencia general, del hartazgo, lo que significa que  
continuamos a abandonar esos males y a olvidarnos de los  
seres humanos.

Los trabajos de la periodista Gina Moreno son  
opuestos. Las víctimas son el centro de sus conove-  
das. sus escritos, que muestran un conocimiento profundo de

Pocas regiones han sufrido —y siguen padeciendo—  
la violencia en sus entrañas con tanta virulencia como  
las bellísimas tierras de Córdoba. Guerrilla, paramilitares  
y narcotraficantes las regaron de sangre y devastaron la  
felicidad de miles de familias que sólo anhelan vivir en  
paz.

Los orígenes y las causas son diversas, aún no te-  
nemos ni la paz necesaria ni ha transcurrido el tiempo  
suficiente para estudiar sin apasionamientos las raíces  
del conflicto. Pero algún día habrá que hacerlo y des-  
cubriremos entonces que nada es blanco ni negro, sino  
que la realidad está llena de infinitas tonalidades grises.  
Y que son responsables muchos más actores dentro de  
una sociedad que quienes empuñaron las armas.

Abandono e indiferencia estatal ante la barbarie gue-  
rillera; pobreza rural que debería avergonzar a cualquier  
ser humano; aliento y complicidad con las sanguinarias

acciones de las Autodefensas; permisividad con el narcotráfico; gobiernos locales corruptos...

El resultado fueron miles de muertos, una cantidad ingente de desplazados, bienes robados, futuros truncados, miseria.

Mientras la guerra avanzaba en todos los frentes, los medios de comunicación cometimos muchos pecados, uno de ellos fue conceder casi más protagonismo a los criminales que a sus víctimas. Nos contagiarnos de la indiferencia general, del hartazgo, lo que significa que contribuimos a ahondar esos males y a olvidarnos de los seres humanos.

Los trabajos de la periodista Ginna Morelo son lo opuesto. Las víctimas son el centro de sus conmovedores escritos, que muestran un conocimiento profundo de la región que la vio nacer. Recorre con hondura un rosario de dramas humanos para mostrarnos el rostro del horror, del sufrimiento. Pero incluso en las historias más terribles, Ginna logra rescatar lo mejor de las personas sometidas a los peores abusos.

Además, la memoria de la historia oscura que viven los países debe salir a la luz para que no cometamos jamás el error de repetirla.

**Salud Hernández**

Periodista de *El Mundo* (España)

Columnista de *El Tiempo*.

## Presentación

“La investigación es la esencia de nuestro oficio, porque el periodismo es siempre indagación y búsqueda. Pero también constituye una especialidad, ciertamente la más costosa en términos de esfuerzo y de presupuesto, y la más riesgosa”. La frase es de Daniel Santoro y está contenida en su libro *Técnicas de Investigación*, que se ha constituido en el referente de quienes intentamos hacer un ejercicio más profundo del periodismo.

Ir al lugar de los hechos y reportear en contra de los prejuicios, alejada de la manada y con la obsesión de descubrir a los personajes que durante muchos años se mantuvieron ocultos y en silencio por orden de los paramilitares, fue quizá el primer paso en esta odisea que comenzó en febrero de 2007 cuando se realizó el primer desentierro de fosas en Tierradentro, Córdoba.

Las entrevistas para reordenar estas historias fueron muchas y aunque se pretenda identificar en cada una de ellas algunos personajes principales, fueron muchos más los secundarios que refrendaron cada palabra y cada dato. Una reportería exhaustiva que duró casi dos años, pues incluso hasta el día en que terminé la última historia estaba recibiendo información fresca de fuentes que por temor prefirieron omitir sus nombres.

¿Puede el periodismo de investigación contribuir al mantenimiento de la memoria social de los pueblos? Creo que estas 16 crónicas que me quitaron el sueño durante muchas noches de los años 2007 y 2008 de alguna manera lo proponen. Con ellas tan solo pretendo mostrar una de las tantas caras de la violencia que han vivido y sufrido los cordobeses en una etapa crucial de su historia contemporánea.

Confieso que desde la primera hasta la última, he llorado en silencio por el dolor tan profundo que esconden las almas de cada uno de sus protagonistas. Esas verdades escondidas bajo un manto de miedo casi impenetrable, miedo que a ratos también me heló la sangre por atreverme a escribirlas, quise hacerlas públicas con la intención de que quienes deseen y se sientan capaces de conocer esta cara de la historia poco explorada en nuestros medios de comunicación, se unten de una realidad que merece ocupar un lugar importante en la memoria colectiva.

Este texto es un humilde aporte a la construcción de esa memoria histórica que desde Córdoba tenemos que comenzar a ordenar, quizá porque sueño con una verdadera reconciliación en la que todos seamos libres de expresar nuestros sentimientos engavetados a la fuerza durante tantos años.

Mi más sincero respeto a las víctimas protagonistas de esta tierra de sangre, que desde adentro se agita con el deseo de convertirse en una tierra de esperanza.

Mis agradecimientos a todas aquellas personas que sin reservas abrieron sus historias para que yo las conociera. A mi familia que me respaldó pese a tantos momentos de ausencia. A mis colegas que aportaron con sus comentarios, correcciones y oportunas observaciones. Y a los amigos que, además de escucharme, me animaron y me cuestionaron siempre que fue necesario.

## El repartidor de muertos

Se bajó del vehículo y me entregó la llave. Una lágrima rodó por su mejilla y sin mirarme a los ojos se despidió. Me dio la espalda. Subió los tres escalones como alma en pena y entró a su casa.

Arturo había decidido, un día antes, revivir lo que creía enterrado. Nunca pensó exponerse a la frialdad de su pasado cuando era el conductor del camión que repartía cuerpos y plata a las madres y viudas de los jóvenes "paracos", como si fuera la actividad más normal del mundo.

Víctor Hugo dijo: "Cuanto mayor es el error, mayor debe ser el tiempo consagrado a los remordimientos". Arturo no los había matado, eso estaba claro, pero bajo el más absoluto sigilo entregó una centena de cadáveres que terminaban en el cementerio, sin que el mundo supiera la verdad que escondían esos enfrentamientos.

Cuando tenía 28 años de edad Arturo tomó la determinación de buscar trabajo aunque fuese con las Auto-defensas. Montería, la capital de Córdoba, departamento ubicado al norte de Colombia, es una ciudad de casi 400 mil habitantes en donde el índice de desempleo jamás ha bajado, 12.7%. La actividad agrícola da pero para endeudarse, la ganadería es exclusiva del 4% de la población. Algunos de esos ricos, según Frank Pearl, alto Consejero para la Reintegración durante el gobierno de Álvaro Uribe Vélez, apoyaron a las Autodefensas y ahora les dan la espalda a los reinsertados considerándolos "la peor lacra de la humanidad".

Arturo trabajó en oficios varios en fincas del municipio de Tierralta, y más temprano que tarde, con las ganas de hacer dinero, había decidido enrolarse a un grupo del que sabía lo que todos en Córdoba: era el nuevo amo de la región.

Su labor era la del informante que se empleaba en las haciendas limpiando cercas y recogiendo rastros mientras hacía la inteligencia por la que le pagaban el salario mínimo. No lo acepta, pero delató a más de un campesino señalándolo de ser auxiliador de la guerrilla. Tras tres años en esa labor, se ganó la confianza de algunos comandantes y hasta el derecho a escoger una posición menos rural y más citadina. Terminó entonces siendo el repartidor de muertos con sede permanente en Montería.

Mi propuesta de volver a hacer el último recorrido con el repartidor por los barrios Santa Fe y Cantacclaro lo afligió mucho. Se le notó en su mentón cuando éste le tembló levemente. Al fin y al cabo llegué a él abruptamente cuando salía en su motocicleta a trabajar como "moto-taxista". Le lancé la idea sin darle tiempo a conocerme.

Me dio una respuesta envuelta en una actitud retobada y me pidió que volviera al día siguiente.

Cuando regresé estaba en la puerta de su humilde residencia meciéndose en una mariapalito y leyendo la Biblia. El libro no tenía tapas, pero el separador de cinta roja marcaba el Evangelio de San Mateo.

Le expliqué que mi propósito era reconstruir la historia de los camiones cargados de ataúdes que en una ocasión vi cuando pasaban por la Avenida Circunvalación de Montería. En una oportunidad le pregunté al entonces comandante de la Policía, por la repartición de cajones, y el altivo oficial, con sus tres barritas y dos laureles en la solapa, solo me miró como a una niña ingenua. A finales de 2008 el ex comandante Salvatore Mancuso, es una versión libre, comenzó a mencionar a militares.

La historia quise escribirla a mi manera, pero el jefe de redacción del periódico *EL MERIDIANO* de Córdoba en un noble intento por librarme, a mis 22 años de edad, de una innecesaria amenaza, me la cambió por una de corrupción política, otro de los males que históricamente ha aquejado al departamento de Córdoba y por lo que también amenazan en esta región del país.

Mi anécdota le arrancó una sonrisa triste al repartidor, quien se aferró con más fuerza a esa Biblia maltrecha como si fuera su amuleto, su escudo, su protección.

—¿Por qué recordar algo que ya olvidé?, —me increpó—. Porque hay quienes ni siquiera lo saben y merecen saberlo, —se me ocurrió responderle.

Arturo encogió sus hombros, entró a su casa y guardó la mariapalito con parsimonia. Tomó una gorra café

oscuro y me dijo: "Vamos". Era de noche y el cielo lucía atiborrado de nubes rojas que presagiaban una tormenta. Cuando quiso subirse al carro le pedí que condujera. Él era quien conocía el último recorrido que le hacían a los muertos de las Autodefensas. Él era quien sabía lo que hizo durante 36 meses de su vida, los cuales dedicó a repartir los cadáveres de las otras víctimas de la guerra que durante mucho tiempo fueron los victimarios.

Contó que muchos de los cadáveres se los entregaban en un punto en el corregimiento de Las Palomas de Montería y de allí iniciaba una labor silenciosa y dura que matizaba con las noticias de la radio. "Música jamás. Había que respetar a los fallecidos". Sin embargo, la negra actividad se le convirtió en rutina y, como casi todo en la vida, se hizo normal hasta la insensibilidad.

Cincuenta minutos desde Las Palomas hasta Montería con un cargamento de cuerpos abaleados, mutilados, desmembrados o en el menos macabro de los casos, con tiros en la sien, eran eternos. La vida hecha trizas, vuelta añicos en segundos de emboscadas y combates en la recóndita geografía cordobesa o en la nortesantandereana, pues la mayoría de los muertos que el repartidor recibía provenían del Alto Sinú, del Alto San Jorge, de Urabá y del Catatumbo. Eran muchachos de diversos barrios de la capital cordobesa, todos de las Autodefensas Unidas de Colombia.

En uno de los cientos de viajes que hizo este personaje de ojos pequeños y piel acabada por el sol, recuerda uno en particular, cuando un ataúd se le cayó al bajarlo en la entrada de una casa en Cantaclaro. El féretro se destapó y la pierna de la víctima, de una persona de 19 años de edad, tropezó la puerta y esta se abrió en una

melodía macabra. La mamá del autodefensa se lanzó sobre el ataúd sin permitir que el repartidor y sus ayudantes lo volvieran a sellar. Recuerda especialmente que tuvo que ensuciarse las manos para reincorporar esa pierna al resto del cuerpo.

La imagen de una cara destrozada en la que las venas se veían negras nunca ha podido borrársela de la mente el repartidor.

"Así te devuelven mijito", recuerda que dijo una señora delgada, rodeada por una corte de niños que aterrizados asistían a escuchar el réquiem.

Desde ese día Arturo decidió, sin consultarlo con nadie, clausurar los ataúdes. No pudo hacer lo mismo con las pesadillas en las que dientes y trozos de piernas se amontonaban en la más oscura y fría noche para perturbar su sueño.

La entrega de los cadáveres siempre iba acompañada de dinero en efectivo. El fajo de billetes, que casi nunca sobrepasaba el millón de pesos, era para las honras fúnebres y también cubría una especie de indemnización a las madres o a las esposas. Era el pago por entregar a sus hijos o a sus maridos a la causa. Una causa justificada en la defensa de la propiedad privada, de la seguridad y tranquilidad de las regiones. Una causa oscura que empleaba a hombres y mujeres de todas las edades, dispuestos a defender lo que ahora la justicia y el Estado, paradójicamente, sí consideran defendible.

Por su trabajo, el repartidor ganaba muy bien. Cada "vuelta" costaba entre 200 y 300 mil pesos "libres de impuestos". Arturo no tenía que preocuparse por los retenes de las autoridades legalmente constituidas, porque

todo estaba arreglado. El desfile de muertos se paseaba entonces por una Montería que dormía envuelta en una tensa calma, la que nunca hemos dejado de sentir los que vivimos en esta ciudad tan cambiante como el camaleón. Los restos de quienes peleaban en el monte deambulaban en un camión que paralelo al río Sinú le arrancaba la belleza al valle y lo vestía de luto.

Entre perplejos y acostumbrados, los habitantes de Cantaclaro hicieron de la llegada del camión todo un ritual que incluía preguntas sobre cómo estaban los "pelaos" que habían decidido enrolarse en una actividad que terminó haciéndose "legal" a la fuerza y a la que se recurría debido a la falta de empleo. Preguntas que Arturo diligentemente les hacía a los comandantes que le entregaban los muertos. Y así el repartidor terminó convertido en el cartero de un drama que fue imposible dejar a un lado por lo menos durante la década de los 90.

"Todo mundo quería saber de sus hijos, porque todo mundo sabía dónde estaban", me dijo. La respuesta echó por tierra las inocentes declaraciones que durante años les dieron madres y viudas a la prensa, cuando eventualmente llegaban hasta sus humildes hogares a preguntar por qué les habían matado al hijo o al marido: "No sé. Él se fue a atender una finca y hacía meses que no nos habíamos podido comunicar con él". La realidad era otra, pero sobre ella no se esculcaba porque en Córdoba era prohibido averiguar sobre las Autodefensas.

Llegamos a Cantaclaro y el repartidor, tras señalar-me la que fue la última vivienda que visitó una noche de diciembre de 1999, sintió la necesidad de tomarse algo para calmar la angustia que le producían los recuerdos. El oasis escogido fue una tienda pequeña en la que una mujer embarazada, abrasada por una temperatura de

32°C, se abanicaba con un pedazo de cartón de un empaque de cigarrillos.

Antes de que Arturo se tomara su primer sorbo de cerveza se encontró con la mirada cálida de una señora de unos 65 años de edad que lo reconoció en el acto. "No me diga que volvió a traer difuntos", le dijo la anciana con voz entrecortada. El repartidor la miró, le sonrió y le contó que ahora era "mototaxista". "Mi hijo soñaba con tener una moto. Por eso fue que se metió a eso para ahorrar plata y comprársela".

La mujer recordó que el día que su hijo dejó la casa fue muy parecido a cuando se lo entregaron muerto. Se fue en un camión que reclutaba jóvenes a los que les vendían la idea de salvar la patria, y se lo devolvieron ocho meses más tarde metido en cuatro tablas cuando solo acababa de cumplir los 18 años. Los muchachos finalmente ni ayudaron a salvar la patria ni a refundarla, como lo decía el sonado Pacto de Ralito, solo se fueron a buscar un mejor futuro. "Él solito se fue y me dijo que era lo mejor porque se iba a hacer hombre", refirió la señora.

La mujer embarazada, a quien parecía que se le iban a reventar los botones del camisón que vestía, escuchaba atenta. "Mi hermano también se fue para eso y regresó desmovilizado".

Cantaclaro, la que fuese considerada la invasión más grande de Suramérica antes de que las favelas de Brasil le robaran el protagonismo, alimentó con sus hijos los ejércitos en la sombra, debido a que un Estado se apartó para que ellos fueran la ley.

Arturo quiso apagar la voz de la señora, y también la de la mujer embarazada, y salir corriendo de la tienda por un sentimiento que todavía en su casa no le han com-

prendido porque desconocen su pasado. Jamás habla de eso con su mujer y sus cuatro hijos. Tantos rostros, tantas lágrimas, tantos muertos juntos lo han sumido en una culpa inmensa por haber señalado a tantas personas como guerrilleras que fueron ultimadas por las Autodefensas y por pasar la página rápidamente como queriendo empatar con Dios, al convertirse en algo menos malo: el encargado de llevar negras noticias. "Es que yo era el mensajero de la muerte", me dijo cuando nos subimos al carro y dejamos atrás a esa señora robusta, de cabellos blancos, que nos siguió más allá del final de la calle, como queriendo que nos quedáramos para contarnos más de su hijo.

Kilómetro a kilómetro el repartidor siguió la ruta y fue hasta el barrio Santa Fe. En ese sector entregó lo que había quedado de dos hermanos. Recuerda que se encontró con la determinación de una madre que exigía que le abrieran los cajones porque no creía que los que estaban allí fueran sus hijos. Él le insistía en que su trabajo era dejarle los féretros y la plata y misión cumplida. Ella le gritaba que no lo dejaría ir hasta que le abriera los ataúdes. Hubiese sido preferible que no lo hiciera porque la verdad no eran sus hijos, eran dos amasijos de carnes putrefactas vestidos con ropas campesinas. Así, más o menos, me lo describió el repartidor de muertos.

Una vez más había fallado en su intento por no abrir los ataúdes. Finalmente había entendido que esa cruda realidad también era suya y lo sería por el resto de la vida.

La madre de los dos autodefensas mutilados descubrió la cara del repartidor entre el vidrio polarizado del carro y revivió su desgracia. Sus ojos encendidos lo culpaban de todo. El duelo no le ha permitido perdonar a nadie, ni siquiera a ella misma cuando conforme y hasta

tranquila recibía el dinero que le enviaban sus muchachos de 18 y 21 años de edad para el sostenimiento de sus otros 6 hijos.

Apresuradamente me bajé del vehículo y le pedí a la señora que me relatará su historia. La cual le salió de la boca como fuego. "Las Autodefensas se llevaron a mis muchachos engañados y me los devolvieron muertos". Agitó las manos dirigiendo sus palabras al repartidor. La bolsa con cuatro onzas de azúcar que llevaba en su mano derecha y sus "chanclas" rotas me mostraron a una mujer a la que la vida le quitó a los hijos que no alcanzaron a sacarla de la pobreza.

La imagen de ella parada frente a la casa de bloques grises, techo de zinc y ventanas de tablas viejas superpuestas, aguantadas con una tranca, devolvió a mi memoria los recuerdos de muchos de los habitantes de Cantacclaro esperanzados en la nueva clase trabajadora que salía en camiones y regresaba en ataúdes. Las historias de esas familias se repetían en el barrio Santa Fe y en muchos otros sectores de Montería, y ahora se transforman en los que llegaron desmovilizados, algunos a sembrar el terror y otros a olvidarlo todo al lado de sus seres queridos.

En Santa Fe, así como en Cantacclaro, sectores deprimidos que siguen sufriendo las carencias de los servicios públicos, se siente la tristeza en cada esquina. Una tristeza que vive con culpa el repartidor. Muchas familias que hacen parte de los 35 mil habitantes que suman los dos barrios de la margen derecha del río Sinú en Montería, ambos estrato uno, tienen algo en común: recibieron las noticias del repartidor de muertos, por lo que comparten el dolor ciego de los caídos en las acciones absurdas.



“Hoy, cuando salgo en la moto y recorro esas calles, y me encuentro de frente con las caras de los familiares de los muertos y me sacan la mano para que les haga una carrera, me da duro”, me dijo.

El destino de Arturo estaba escrito. Había nacido para ser el repartidor. Lo fue de muertos, ahora de vivos. Algunos de estos últimos, muertos en vida por culpa de una guerra que solo ha tenido sentido para quienes se obsesionaron con el poder que da la tierra.

## Ideas que matan

A las 5:00 de la mañana del 21 de agosto de 1988, cuando en Montería todos daban por muerto al periodista y concejal Edgar Astudillo, su voz a través del programa radial del comunicador William Bendeck Olivella le confirmó a los 12 hombres que perpetraron el atentado, que habían fallado en la misión por la que cinco personas pagaron cinco millones de pesos cada una.

Sus palabras, cargadas de agitación y de miedo en ese entonces, relataron a los oyentes de "Avanzada de Córdoba" que uno de los 40 objetivos de la ultraderecha en la región se había escabullido en medio de una persecución digna de las películas de Hollywood.

Veinte años después de ese terrible momento, cuando a Córdoba la pretenden envolver vientos de paz que parecieran no refrescarle la memoria a respetables ciudadanos monterianos, a esos que les cuesta construir la

reconciliación y pensar en reparación, Edgar se atreve a relatar su historia.

En la tranquilidad de su humilde hogar, su voluminoso cuerpo se pertrecha en una cómoda mecedora. Entonces le da rienda suelta a una narración rigurosa, detallada, cargada de expectativa y de sentimientos encontrados.

Su mujer ofrece amablemente unas bebidas a la inoportuna visitante que a las 8:00 de la noche del lunes 1º de septiembre de 2008 altera la tranquilidad de su hogar. Los ojos de la mujer madura no reflejan otra cosa que la resignación por volver a escuchar, desde el cuarto de al lado, la historia de la violencia de Córdoba. Un mal sin cura. Un problema eterno. Una pesadilla sin fin.

Edgar Astudillo sabe que fue una víctima de los riesgos que él decidió asumir, consciente de que sus posturas cívicas y progresistas lo enfrentarían a quienes en ese momento en Córdoba no aceptaban el cuento del pobre pueblo. Ha buscado la reconciliación en las palabras de quienes orquestaron su atentado e incluso de quienes le dispararon a quemarropa, siguiendo las perversas instrucciones de un ex miembro de la ley, enfermo de violencia, según Astudillo lo advierte.

Sin recurrir a los formatos que reparte la Unidad de Justicia y Paz de la Fiscalía entre las víctimas, ha intentado ponerle punto final a la historia ansiando una verdadera reconciliación. Sin embargo, cada palabra y cada gesto del periodista nacido en Popayán, que llegó a las tierras del Sinú tras ser contratado por José Vicente Muskus para trabajar en la emisora Radio Panzenú, demuestran que la reparación es esquiva mientras las verdades se sigan contando a medias.

## El génesis

En el año 1981, cuando Edgar Astudillo trabajaba en Radio Panzenú, dos campesinos lo contactaron en un bar de mala muerte denominado "El Becerro de Oro", ubicado en la calle 35 entre carreras 1ª y 2ª de Montería.

El ambiente sórdido fue el escenario escogido por los emisarios de las Farc, para invitar al periodista del programa "Habla pueblo" a informarse mejor de la causa guerrillera.

Tiempo después, los periodistas Edgar Astudillo, Joaquín Cantillo Hernández (q.e.p.d.) y Antonio Navarro Santos (q.e.p.d.) se trasladaron hasta Tierralta, municipio ubicado a 75 kilómetros de Montería y jamás pensaron encontrar en el corregimiento de Palmira, anclado en las estribaciones del Paramillo, a más de 300 guerrilleros del frente 18 de las Farc haciendo lo que ellos denominaban "mercado guerrillero".

"Ganaderos y comerciantes de Córdoba asistían obligados a contribuir con la causa, a hacer negocios o a pagar vacunas en un ambiente de aparente cordialidad", esa es la percepción del periodista.

A partir de ese momento surgen en Córdoba los brazos políticos de los dos grupos irregulares que se ubicaron estratégicamente en el departamento: Farc en el sur de Córdoba y EPL en el Alto San Jorge.

El boom del comunismo y de la línea marxista-leninista se esparció con la facilidad con que el viento puede deshojar un "diente de león" y contagió a gente de todos los estratos.

Era tal el grado de proximidad de la guerrilla, que en los terrenos cubiertos hoy por la represa de Urrá se izaba

en una montaña la bandera de Colombia y del Ejército Nacional y en el cerro de enfrente la de la subversión. En Puerto Libertador se firmaron pactos de no agresión entre la Policía y el EPL. Por los caminos polvorientos columnas guerrilleras se transportaban en las volquetas del antiguo Ministerio de Obras. Todo ello perfectamente informado en los periódicos *Voz Proletaria* y *Revolución*, que circulaban clandestinamente en la región, y en grandes proporciones.

Relata Edgar que “en un intento de proceso de paz durante el gobierno de Belisario Betancur, muchos guerrilleros se dejaron ver la cara, le apostaron al asunto, daban declaraciones todos los días, interactuaban con funcionarios del Estado y con los periodistas. Recuerdo especialmente al ‘Comandante Miller’, quien sostuvo un tórrido romance con una mujer de Córdoba. Era una época de feliz encanto”, cuenta. Óscar William Calvo, vocero del EPL, se paseaba por la Gobernación de Córdoba firmando pactos de paz que más tarde, por las acciones de esta insurgencia, simplemente quedaron en el papel.

El encanto, por supuesto, también era político. Reconocidos caciques del poder hicieron manifestaciones en Cereté con miembros del EPL. “Esos ríos humanos de cordobeses eran un ejemplo de la política que se abría paso”.

Sin embargo, la camaradería entre la izquierda y el Estado, como la ha querido llamar Edgar Astudillo, sufrió una transformación a raíz del incremento de las vacunas a los ganaderos, los secuestros, las quemadas de fincas y de animales, las cuales comenzaron a ejecutar los grupos guerrilleros en un absoluto descontrol. En los pasillos de centros de educación superior ubicados en las gote-

ras de la ciudad o en lujosos restaurantes y hoteles, en el centro de Montería, se negociaban las extorsiones.

“Guerra total contra las oligarquías” fue el titular con el que en 1985 *Voz Proletaria* anunció que la luna de miel se había acabado, por lo que la reacción inmediata de quienes vieron amenazadas sus propiedades y su integridad no se hizo esperar.

En ese momento en que las ideas de izquierda iban de la mano de una locura colectiva en procura del poder, aparecieron “Los Mochaçabezas” y “Los Tangueros” para ponerle fin al desmadre ideológico. Desataron entonces en la región una ofensiva contra quienes, según ellos, querían imponer el caos. Cayeron milicianos, auspiciadores de la guerrilla, profesores, campesinos y ciudadanos del común.

Pese a la guerra frontal, los partidos Unión Patriótica y Frente Popular se abrieron paso y sacaron cuota al Concejo: el abogado y profesor Alfonso Cujavante.

Al llegar a esta parte del relato, Astudillo, el hombre de ojos pequeños que conocí en 1992 en la Gobernación de Córdoba, se frota las manos y con un ánimo visible deja escapar una alegría desbordante. “Lo habíamos logrado y sentíamos que teníamos un papel decisivo. De no ser porque a Cujavante lo asesinan el 14 de marzo de 1988, en inmediaciones del Mercadito del Sur”. Astudillo asumió su curul y cinco meses después le hicieron el atentado.

La voz de Edgar no se quiebra, por el contrario, brilla con una lucidez pasmosa. No se da espacio para tomar aire ni para dejar hablar a nadie más. Retoma el relato con amplia ventaja respondiéndose en voz alta las preguntas que le dan vueltas en su cabeza. “El Cónclave’

fue el que decidió mi muerte después de que mi fotografía la exhibieran en esas reuniones secretas como la peor de las amenazas”, me dijo.

¿Qué era “El Cónclave”? ¿Quiénes lo integraban? Astudillo se reservó los detalles. Tres profesores monterianos que tuvieron que irse de Córdoba a comienzos de la década de los 90 me revelaron que era una especie de sociedad secreta que decidía quiénes se habían convertido en una amenaza para la región y por tanto debían desaparecer. Los elegidos se enfrentaban entonces a dos callejones sin salida: la muerte o el destierro definitivo. Édgar Astudillo se salvó de la primera y tuvo que irse, aunque el destino posteriormente lo devolvió a Montería.

Por esos tiempos el alcalde de la capital cordobesa era Jesús María López Gómez, un ingeniero y ganadero recio, de mano dura, incluso más que la que tuvo Rodrigo García Caicedo, “Rogarca”, santandereano, el más recordado presidente de la Federación de Ganaderos del Departamento de Córdoba. “El Mono” López gobernaba en tiempos convulsionados, con un Concejo en contra que habilidosamente habían logrado torcer los opositores. Los debates en el interior de la Corporación eran duros. No había ausentistas y, por el contrario, las barras siempre lucían llenas. Era la efervescencia de la política alimentada por los discursos de defensores comunitarios calificados como guerrilleros violentos.

El concejal Edgar Astudillo había decidido visitar varias zonas de la margen izquierda del río Sinú, en Montería, para indagar sobre la ejecución de algunas obras del Municipio con las que se pretendía mitigar el impacto invernal. Su discurso vehemente en el seno del Concejo reveló ese 20 de agosto que en la zona no se había he-

cho ninguna obra y que los campesinos auguraban inundaciones.

Esa tarde, cuando la temperatura del Concejo superaba la del ambiente en las afueras del recinto, el escolta de Astudillo le advirtió que había dos personas armadas entre las barras. Él los identificó, no por sus caras, sino por el movimiento constante y nervioso de sus manos. La inminencia de que algo malo estaba por suceder lo obligó a salir presuroso del lugar una vez terminó la sesión.

En medio de un grupo de concejales Édgar logró salir del Palacio de la Torre y Miranda en compañía del escolta. Bajaron las escaleras desde el tercer piso de la Alcaldía y abordaron un viejo vehículo Nissan en el que también iban doña Aminta, secretaria del cabildo, un hijo de ella y otro concejal.

Recorrieron varias cuadras desde El Centro, hasta salir a la Avenida Circunvalación. Un grupo de sicarios les pisaban los talones. En ese momento dice Édgar que lo único que se le vino a la mente fueron las listas de personas a quienes iban a matar, de las que todo mundo hablaba en las esquinas. Días atrás un ganadero buscó a Édgar Astudillo, le ofreció un millón de pesos y le pidió que se fuera, pues su cabeza tenía precio. No aceptó. “Uno no puede dejarse expatriar de donde uno no debe nada”, le dijo al ganadero.

El escolta maniobraba el volante con torpeza y nerviosismo, producto de la efectiva persecución de los sicarios que se movilizaban en dos motocicletas grandes. La carrera sugería dos metas: Edgar buscaba salvarse al igual que a doña Aminta, a su hijo, al escolta y a su compañero del Concejo; los hombres de las motos tenían la misión de asesinarlo.

Casi en frente del Colegio Nacional "José María Córdoba", uno de los más importantes del sector oficial, ubicado sobre la vía que de Montería conduce al municipio de Planeta Rica, Edgar volvió a recordar sus palabras: "Uno no puede dejarse expatriar de donde uno no debe nada". En ese instante el parrillero de una de las motocicletas le gritó y le disparó. "Tan absurda como violenta la guerra nos obliga", reflexionó. Edgar tomó un revólver que días atrás le había otorgado el Batallón Junín e impactó la humanidad del parrillero. En ese instante el conductor del viejo Nissan perdió el control del carro y se chocaron con una tractomula. Los otros dos sicarios que fueron testigos del accidente creyeron que habían cumplido su cometido por lo aparatoso del choque. Ya para esos instantes la Policía había sido avisada de la persecución y por una extraña circunstancia los sicarios lo sabían, luego no les quedó otro camino que abandonar rápidamente el lugar. El otro concejal salió del carro como pudo y buscó ayuda por sus propios medios. Todavía conserva en el extremo derecho de su espalda una esquirla de bala, prueba del atentado.

Astudillo me miró fijamente a los ojos, se levantó de la silla y celebró que lo hubieran dado por muerto.

Las heridas con arma de fuego no le impidieron salir del carro, prestarle ayuda a doña Aminta, pedirle al hijo de la señora que lo siguiera y atrincherarse en una casa en el barrio Costa de Oro, desde donde al día siguiente relató que estaba vivo a los radioescuchas de William Bendeck. Horas después lo sacaron de la casa metido en una nevera y comenzó a esconderse de casa en casa para hacerle difícil la búsqueda a quienes, al percatarse de haber fallado en la operación, no podían renunciar a matarlo. Pasó el tiempo y tuvo que salir de Montería con el credo en la boca, escondido dentro de una caja grande

de cartón que subieron como cualquier encomienda en un bus rumbo a Medellín.

Se fue con el orgullo en los pies porque todo mundo le negó trabajo, a los taxistas de Montería les prohibieron transportarlo. Tuvo que exiliarse por más de un año en México y Costa Rica, gracias a la marca de la izquierda que llevaba en la frente, la cual lo estigmatizó durante gran parte de su vida.

### El apocalipsis

A su regreso a Colombia, Astudillo trabajó con el Plan Nacional de Rehabilitación en Bogotá y por cosas de un destino que se empeñó en devolverlo a la tierra que le dio lo bueno y lo malo, terminó participando en el proceso de paz que se hizo con el EPL en 1991.

Dos años después de abandonar Córdoba había retornado para hablar de paz. En el aeropuerto Los Garzones esta vez lo esperaban, curiosamente, hombres del legendario jefe paramilitar Fidel Castaño que lo trasladaron a la mítica hacienda "Las Tangas", en Valencia.

Edgar Astudillo volvía a ser testigo de la fiesta de la democracia que al son de vallenatos de los Hermanos Zuleta se vivía en esa hacienda a orillas del río Sinú. En el "rumbón de la paz" se volvió a encontrar con los dirigentes de una clase política que hasta ese momento le había apostado a todo en Córdoba y estaba dispuesta a seguirlo haciendo con tal de alcanzar el poder con el argumento de restablecer el orden en la región. Diecisiete años después Salvatore Mancuso también hizo lo propio cuando puso el 30% del Congreso de la República.

El payanés que había dejado atrás el frío de la cordillera para sufrir en la tierra del Sinú, que, según quienes lo conocen, hizo periodismo cívico en una región de terratenientes, que se dejó tentar por la doctrina de Mao Tse Tung, que fue concejal por cinco meses hasta que la violencia lo despojó de la curul y lo exilió, había regresado para cumplir una misión de paz. Recuerda que Fidel Castaño lo recibió con una sonrisa amplia, le garantizó que no le pasaría absolutamente nada siempre y cuando aceptara cumplir con una condición: alejarse de todo lo que olera a izquierda.

Se ríe de su suerte. Pasó a ser el jefe de prensa de la campaña de Rodrigo García Caicedo a la Gobernación de Córdoba. El candidato sustentaba su apoyo en los desmovilizados del EPL y del M-19 que se agruparon en el movimiento Esperanza, Paz y Libertad. Recuerda que por muchísimos años dejó de ir a las ruedas de prensa ofrecidas por las Asociaciones y Sindicatos, incluso cuando a algunos amigos sindicalistas de antaño los veía en la calle, les volteaba el rostro o se cambiaba de acera para no tener siquiera la tentación de saludarlos.

Podría decirse que desde ese momento su vida cambió. Aceptó quedarse a vivir en Montería, pero no renunció a la búsqueda de la verdad sobre su atentado. Indagó y averiguó hasta que hizo suyas versiones callejeras que poco a poco le fueron reconfirmadas por los que participaron en el acto delincuenciales.

Fidel Castaño le dijo que ninguno de sus hombres había participado en el atentado. "Con su vozarrón sentenció que si ello hubiese sido así, todos estarían muertos por no haber cumplido con la misión", me relató.

Recuerda con enfado y perturbación cuando enfrentó al ex miembro de la ley, porque creía que tenía información sobre el atentado. A Edgar le contaron que a ese hombre la guerrilla le había matado 40 de sus mejores gallos y él había jurado que se vengaría con las personas que a su juicio estaban untadas de izquierda en esta región del país, una por cada gallo. La historia con matiz de leyenda jamás ha sido refrendada por alguien más. "¡Por cuarenta gallos comenzó lo que comenzó!", me dijo Edgar que incluso se atrevió a preguntárselo en su momento al temido ex agente.

Lo que sí le ratificaron fue algo que él sabía desde el mismo momento en que le vio las caras a sus verdugos: que entre el grupo había miembros de la autoridad legalmente constituida. Y agrega: "El que me disparó, que le decían 'El Pastuso', lo mataron y así sucedió con otros a quienes desaparecieron. A algunos los trasladaron a otras ciudades". En todo el Valle del Sinú los habitantes sentían miedo por la presencia de muchos hombres de los organismos legalmente constituidos.

La investigación de su caso la asumió un juzgado de instrucción criminal que terminó por archivar ese y todos los casos similares que para la época se presentaban en Montería, como la masacre de Mejor Esquina o la de El Tomate. "En mi caso la justicia ni cojeó ni llegó", me menciona Astudillo.

Los expedientes sobre este caso y otros, con la reforma a la justicia y el surgimiento de la Fiscalía, se extraviaron y nadie da razón de los procesos. El tema pareciera hacer parte del "perdón y olvido" al que siempre ha estado sometido el país frente a sus actores violentos.

## Los compañeros de infortunio

Astudillo se reincorpora en su mecedora y me mira con ganas de no más preguntas. Entiendo que abrir el baúl de los recuerdos dolorosos de la vida no debe ser nada grato, pero una vez alguien se atreve a exponerlos a la inmisericordia de un reportero, sería estúpido dejar escapar la oportunidad de preguntar otras tantas cosas. Entonces le pico la lengua con las muertes de Oswaldo Regino y William Bendeck. Ellos fueron otras de las tantas víctimas del conflicto en esta región, que compartieron el infortunio de ser periodistas aguerridos. No temieron jamás asumir posiciones aun en contra del riesgo que corrían en una región donde la ley de las armas parecía ser más fuerte que la de Dios.

Bendeck Olivella, a juicio de Edgar, era un hombre culto, intelectual y de convicciones inmodificables, que salió de Nicaragua en la época del Frente Sandinista. El periodista había sido jefe de prensa de Anastasio Somoza, el último miembro de una dinastía de dictadores que comenzó a ejercer el poder en 1934, en el país centroamericano.

Bendeck incluso llegó a ser cónsul de Nicaragua en El Vaticano. Sin embargo, las buenas épocas se vinieron abajo cuando el Frente Sandinista de Liberación Nacional le declaró la guerra a la dictadura de Somoza y sobrevinieron los muertos y los atentados.

Cuando William sintió que las esperanzas lo habían abandonado, un comandante de la guerrilla a quien le había salvado la vida meses atrás en una persecución sangrienta desatada por el Gobierno, le devolvió el favor. Salió en menos de 24 horas de un país convulsionado para llegar a una tierra no menos embravecida.

En Montería comenzó su nueva vida al montar una fábrica de agua. Sin embargo, fue desde su tribuna radial que se dio a conocer como un hombre recio, radical, seguidor del Nuevo Liberalismo de Luis Carlos Galán, antimafia y antidroga.

Sus editoriales, "por el lenguaje incendiario y punzante que siempre empleaba", relata Edgar, seguían el estilo vehemente de los del maestro Guillermo Cano, director de *El Espectador*.

En 1988, cuando se registraron las nefastas inundaciones de los barrios de la margen izquierda del río Sinú en Montería, Gonzalo Rodríguez Gacha (narcotraficante muerto) repartió mercados al mejor estilo de las acciones sociales de Pablo Escobar en Medellín.

Ese hecho, según relata Edgar Astudillo, fue suficiente para que William Bendeck lo criticara con sus micrófonos. Y así lo hizo contra todo lo que le parecía malo, contra los líos de tierra que por ese momento se comenzaban a presentar en Córdoba, con Fidel Castaño como protagonista. Tiempo después fue asesinado. Sus familiares prefieren no referirse al tema y recordar al patriarca como a un hombre inteligente y afectivo.

La historia de Oswaldo Regino, socio, amigo y compadre de Edgar Astudillo, es mucho más romántica e idealista.

Los pecados de Oswaldo, a juicio de sus amigos, eran dos: se desempeñaba como jefe de prensa de la Asociación de Maestros de Córdoba (Ademacor) y periodista, y se había enamorado perdidamente de la hermana de Lascario Humánez, más conocido como "El Tigre", comandante guerrillero de un frente del EPL que operaba en Bolívar.



“La inteligencia militar fue más allá y a Oswaldo lo persiguieron, lo estigmatizaron y cuestionaron muchísimo por sus ideas. No había ningún motivo, porque el hombre no tenía nada que ver con las acciones violentas y erradas de la izquierda”. Al llegar a este punto los ojos de Edgar se enrojecieron. Fue el único momento, durante la larga charla, en que lo noté realmente afectado. Oswaldo era su compadre, pues había decidido bautizarle un hijo que años después se hizo periodista siguiendo los pasos de su padre. Astudillo dice que no ha podido entender por qué atentaron contra su vida e incluso por qué mataron a Bendeck. “Digamos que los violentos tenían torcidas razones conmigo, pero con Oswaldo no había ninguna”.

Tomó una bocanada de aire y me dijo que el asesinato se produjo la tarde del 11 de noviembre de 1988. Se lo llevaron hasta la entrada de la vía al basurero de Loma Grande, sobre la carretera que conduce de Montería a Planeta Rica. Lo arrodillaron y lo obligaron a quitarse la camisa mientras los impactados conductores que pasaban por el lugar recibían como respuesta de un verdugo inquisidor la información de que el hombre era un ladrón. Le dieron un tiro en la sien y lo dejaron tendido en la carretera. Su familia solo pudo recoger su cuerpo cinco horas después, porque el miedo a más represalias les impidió acudir al instante del aviso.

Su hijo, quien siguió los pasos de Oswaldo y se hizo periodista, sostiene que no han solicitado reparación ni piensan hacerlo. “El tiempo ha pasado y lo mejor es olvidar”.

Al mirar el reloj y notar que han transcurrido tres horas desde que comenzó a hablar, Edgar Astudillo lanza una enorme carcajada que justifica en el hecho de que sin quererlo se había sometido a una terapia de reconcilia-

ción con el espíritu, a pesar de que jamás ha dejado de sentirse perseguido.

El periodista que le ha enseñado los gajes del oficio a su hija Andrea, a quien tuvo que frenarle su carrera de líder natural porque así se lo sentenció Carlos Castaño; que le develó los secretos de algunas de sus fuentes a ella y a otros colegas en formación y que decidió hace 20 años guardar los recuerdos en el cuarto de San Alejo, le puso el mejor brillo a su voz para revivirlos.

¿Por qué lo había hecho? Todavía no lo sé. Aunque no haya decidido solicitar reparación, se siente una víctima más que cree que ahora sí se puede hablar, que no quiere seguir cargando solo con la cruz, y que confía en que aquellos de “El Cónclave” y de la sociedad en general que le sumaron al conflicto, ahora le multipliquen a la paz.

En las orillas del río San Jorge, en la zona de los alrededores del campamento de la FARC, se encuentra el lugar donde se produjo el asesinato de Oswaldo. El lugar está rodeado por un alambrado que sirve como barrera para evitar que los campesinos que viven en la zona se acerquen al lugar. En el momento del asesinato, el asesino estaba en el lugar y lo arrodillaron para el momento del tiro. Fue el mismo día que el hijo y el asesino de la familia se reunieron para hablar a 14 personas en el lugar.

Cuarenta minutos fueron más que suficientes para que el hijo de Oswaldo se fuera a un estado de ánimo de tristeza y dolor. En el momento del asesinato, el asesino estaba en el lugar y lo arrodillaron para el momento del tiro. Fue el mismo día que el hijo y el asesino de la familia se reunieron para hablar a 14 personas en el lugar.

Recuerdo que cuando sucedió la matanza, yo estaba en el margen izquierdo del río San Jorge. Yo era

## Tierra de sangre

El bus en el que se transportaban todos los días los pobladores del corregimiento de Popayán y la vereda de El Tomate hacia Montería, ese en el que llevaban sus productos para venderlos en el mercado, el que les traía la banda todos los diciembre para el fandango de fin de año, fue el mismo bus que utilizó el escuadrón de la muerte para repartir plomo, matar a 14 personas e incendiar el caserío.

Cuarenta minutos fueron más que suficientes para que el 30 de agosto de 1988 un ejército privado borrara el pueblo de la faz de la tierra y sembrara el dolor, para siempre, en el corazón de las más de 100 víctimas de El Tomate, vereda distante dos horas de la capital ganadera de Colombia, al nororiente del departamento de Córdoba.

Recuerdo que cuando sucedió la masacre tropecé, sin saberlo, con algunos de los desplazados de El Tomate en la margen izquierda del río Sinú de Montería. Yo era

una chica de 15 años que cursaba quinto de bachillerato y prestaba, con alegría, un apoyo a los damnificados de otra tragedia: las inundaciones de los barrios de esa olvidada porción de la capital cordobesa.

Con botas pantaneras que no servían mucho, porque el agua sobrepasaba la altura de éstas, caminaba por los alrededores de las casas observando el desespero con el que hombres y mujeres, doblegados ante el rigor de la naturaleza, intentaban rescatar sus pertenencias de las furias del Caño Viejo y del río Sinú.

Recuerdo con especial cuidado a una mujer que se había dejado abandonar a su suerte, abrazada a un baúl viejo que flotaba entre las aguas mansas. Sus lágrimas le enjuagaban el rostro desdichado y se sumaban al desbordamiento. Uno de los voluntarios de la Defensa Civil me dijo que ella y los que estaban a su alrededor eran desplazados de El Tomate.

Mi madre, días atrás, me había mostrado el diario *El Espectador* en el que relataban algo sobre una masacre en esa población de nombre vistoso. Supongo que lo que abrazaba la mujer eran los últimos recuerdos que pudo traerse de la tierra que fue bañada en sangre.

Desde entonces quise conocer ese pueblo, pero jamás pude hacerlo porque los miedos que desataba pronunciar el nombre entre familiares y amigos, doblegaban mi espíritu y el ímpetu de aprendiz de periodista. Mis tíos me decían que personas prestantes de Córdoba estaban involucradas en el hecho y que lo mejor era no ir por allá a buscar lo que no se me había perdido.

Veinte años después, cuando Justicia y Paz abre un camino, decidí tomar el sendero serpenteante hacia

El Tomate, en las estribaciones de la Serranía de Abibe, para intentar reconstruir lo que de la memoria colectiva jamás se borra: el dolor. Nunca he entendido por qué en la vida recordamos con pelos y señales los momentos tristes por encima de los felices.

Llegué a la casa de Elena Rosa Misal Regino y bastó con mirar sus ojitos viejos para encontrar en ellos el mismo sentimiento de la mujer de la inundación veinte años atrás. A Elena le mataron a su hijo Manuel Antonio Padilla Misal cuando éste acababa de cumplir 18 años de edad. “Pero es mi marido el que le puede contar bien cómo fue eso, porque yo rompí monte con mis otros hijos (9 en total) y no regresamos sino hasta el día después para ver qué era lo que había pasado. De ese cerro —me señala la inmensidad de la montaña como para que no quede duda de que estaban escondidos y lejos— veíamos el candelazo. ¡Ay diosito santo!, no quedó nadita”.

La voz comenzó a quebrársele y la congoja la obligó a alejarse. “Espere que venga mi marido, él le cuenta mejor”, me insistió.

Un aguacero de gotas gruesas cayó justo después de que los hombres armados se fueran de la población. La lluvia calmó las llamas que devoraban las casas, pero jamás las almas de unos cordobeses perdidos en el tiempo, a merced del olvido.

### La historia de Miguel

El Tomate Tierra Grata, nombre original de la vereda, no tiene más de 40 casas y luce solitaria a toda hora. Pareciera que fuese la última estación, donde la vida ya no quiere sentirse. Hay una sola cantina con un billar en

el que las bolas se amarran unas a otras con las telarañas. De repente, el silencio abrumador es roto por cuatro vaqueros que arrear un ganado por la principal calle del pueblo. Fueron los únicos hombres a quienes vi sonreír el día de mi arribo. "Allá está la casa de Miguel Guerra Díaz, a él también le mataron un hermano", me gritó uno de ellos, que media hora antes me escuchó preguntar en la tienda dónde vivían las víctimas de la masacre.

Apartando con mis manos un tupido cultivo de maíz entré a la parcela de Miguel Guerra, quien peleaba con un viejo radio de baterías al que le había conectado un alambre dulce para captar alguna señal de vida. Me le presenté y le dije que no quería importunarlo, pero había decidido hacerlo ese 30 de agosto de 2008. Supo de qué le estaba hablado y me dijo: "Eso ya no dan ni ganas de recordarlo, señorita".

Sin embargo, se acomodó en el taburete de cuero y las palabras le fueron saliendo de la boca como si las baterías se las hubiese puesto él y no al viejo radio. Me contó que eran las 7:00 de la noche cuando del bus se bajaron no recuerdo ya cuántos hombres, y comenzaron a dispararle a los muchachos. "En el bus traían muerto al hijo de Marcos Pérez Monterrosa, el dueño del vehículo. En la tienda del pueblo mataron a César Bolívar Guerra Díaz, mi hermano, a Manuel Antonio Padilla, a Rafael Pedroza, a Miguel Agámez".

Relata Miguel que casi todas las noches los habitantes de El Tomate se reunían en esa tienda, de propiedad de Marcos Pérez, a jugar dominó o "arrancón" (cartas). Era el único lugar del pueblo que tenía luz eléctrica, por tanto, era el punto de encuentro.

Las ráfagas de fusil prácticamente le desprendieron la cabeza a César, hermano de Miguel, a otro muchacho

le desfiguraron completamente el rostro y le partieron la lengua. Las fichas de dominó y las barajas cayeron de las mesas y un río de sangre las cubrió.

Los hombres armados habían disparado contra todo lo que se moviera, posteriormente lanzaron mechones sobre los techos de palma y le gritaban a la gente: "¡Si son tan machos por qué no salen y nos enfrentan!". El comando armado se sentía luchando contra campesinos a quienes veían como soldados de plomo subvertidos contra el Estado, mientras los pobladores atrincherados en sus casas y en el monte tenían como únicas armas camándulas y ramos bendecidos el domingo de esa Semana Santa.

Las llamas acabaron con la vida de un niño de seis años que se quedó encerrado en la casa y no hubo forma de sacarlo. La madre, Doris Narvárez Díaz, quien actualmente reside en Rancho Grande, un barrio pobre de la margen izquierda del río Sinú en Montería, sueña todos los días con la voz de su pequeño pidiendo auxilio. La mujer es una de las siete mil personas afectadas por la violencia en este departamento, que acudió al Comité de Familiares Víctimas del Conflicto Armado en Córdoba (Comfavic), para reclamar reparación. Y lo hace más como pagando una manda para tratar de olvidar el horror, que por plata. Doris, por momentos, pierde la noción de las cosas y se aísla en su mundo tormentoso.

Cumplida la misión en El Tomate, el escuadrón de la muerte abordó el bus y salió del pueblo hacia Las Cruces. Allá mataron al chofer Orosmán Soto y a su ayudante, y quemaron el vehículo.

Miguel Guerra Díaz, aferrado a un cuchillo que clava en la mesa cada vez que sus sentimientos de rabia,

rencor y desasosiego se dejan ver, me relató que desde ese día ya no cree en nada ni en nadie, porque para él la masacre fue un error en el que tuvo que ver gente de la región. "Días atrás se habían robado un ganado y habían matado al administrador de una finca, y fue cuando comenzamos a ver a gente rara rondando por El Tomate".

El 29 de agosto de 1988, un día antes de la masacre, a muchas mujeres del pueblo las llevaron hasta una hacienda de la región para que le cocinaran a un grupo de hombres fuertemente armados. Una de ellas me contó que esa fue la comida más triste que preparó en su vida. La certeza de que algo malo iba a suceder le hacía bajar lágrimas y lágrimas que se fueron al fondo de la olla del sancocho. La mujer de cabellos cenizos jamás hubiese imaginado lo que el destino les tenía preparado a los habitantes de El Tomate.

Todos los pobladores fueron tildados de ser amigos de la guerrilla, y pagaron por ello a quienes consideraron milicianos del EPL. Eran los tiempos convulsionados en que la subversión arreció contra lo que denominaba la oligarquía, robándose el ganado, matándolo, quemando fincas, secuestrando y extorsionando.

"Todo eso era verdad que pasaba, pero también era cierto que la gente de El Tomate no tenía nada que ver", me dijo Miguel.

La guerra sin cuartel que se había desatado en Córdoba, cuando la clase pudiente vio amenazadas sus vidas y sus riquezas, hizo levantar ejércitos que arrinconaron a la guerrilla del departamento, pero también sacó a centenares de campesinos de sus regiones de origen. Las veredas praderas, los fértiles valles y las erguidas montañas

fueron quedando desoladas, a merced de unas nacientes Autodefensas que montaron su teatro de operaciones en la región de los Zenúes.

En la quema de El Tomate los habitantes lo perdieron todo. La tienda de Miguel cayó en el incendio. Para salvarse se escondió con su mujer en el monte. Al día siguiente, apenas amaneció, enterró a su hermano, cogió sus pocas pertenencias y se fue del pueblo sin mirar atrás. Pero hace seis años regresó sin sus tres hijos, quienes se quedaron en Montería estudiando. Él dice que volvió para hacer lo único que aprendió en la vida: trabajar en el campo.

La esposa de Miguel me despidió con un café cargado y me dijo que regresara cuando quisiera. La humilde mujer del campo tiene el don de la atención a flor de piel, no la han doblegado las tristezas y ha interpretado como una señal de esperanza el hecho de no haber perdido a su hija mayor Jenny Paola Guerra, cuando sucedió la masacre. La esposa del orgulloso campesino estaba embarazada, pero corrió junto a su esposo como pudo para salvar su vida y la del pequeño ser que llevaba en el vientre. Su hija, hoy de 20 años, nació el 2 de septiembre, tres días después del horrendo hecho.

## Los recuerdos de las víctimas

Dándole la espalda a un cementerio perdido en el olvido me encontré a Armando Peñafiel. Sentado en la falda de una loma desayunaba un pedazo de yuca y tomaba un café con leche. A su lado tenía un pico, una pala y una vieja mochila con la leyenda: "Ron Tres Esquinas". Por sus ademanes lentos y su mirada triste supuse que era el sepulturero. Lo di por hecho y le pregunté cuántos

muertos de la masacre habían enterrados en el cementerio. "Solo dos, los demás se los llevaron para Montería y otros que no eran de aquí me imagino que los cargaron para sus pueblos".

El viejo cementerio de El Tomate es un lugar enmontado en el que los nombres de los difuntos se borraron de las tumbas. Es un sitio impersonal en el que ni siquiera se respira tristeza, en el que, como me dijo Miguel Guerra Díaz, ya no se siente nada.

En un pequeño kiosco encontré a madre e hija guariéndose del sol de las 10:30 de la mañana y tapándose sus narices con pañuelos amarillentos. A un costado, el sepulturero y su ayudante habían comenzado a despedazar un féretro y a sacar los restos. ¿Qué podían estar sacando el día del aniversario número 20 de la masacre de El Tomate?, pregunté. La señora que esperaba en la sombra me dijo: "A mi tía, que murió de un infarto hace dos años".

Asomó entre las tablas un cráneo forrado de cabellos ocre que tras los sacudones del sepulturero se deshizo casi en cenizas. —Afortunada ella, porque en una tierra de sangre murió de muerte natural— pensé.

### Los esposos Cuitiva

Si el día de la tragedia Cuitiva hubiese estado en El Tomate, lo habrían matado. "El hombre macho muere parao", dijo con absoluta certeza cuando relató que fue su hija la que vio cómo el patrimonio de ellos quedó hecho cenizas en cuestión de minutos. La casa donde vivían y el negocio que tenían sus padres, en el que Cuitiva invirtió 10 millones de pesos, se los llevó el incendio.

Elizabeth, mientras escucha de boca de su esposo las palabras cargadas de furia, dice que no ha dejado de sentirse víctima ni un solo día de su vida. Concluye que todos los pobladores de El Tomate fueron abandonados a su suerte por el Estado. "Uno entendería lo que pasó si hubiésemos sido culpables de algo", me dijo. Le tocó entenderlo a la fuerza sin derecho a decir nada.

Días después de la masacre, según informaron algunos noticieros nacionales, llegó a El Tomate la comisión encabezada por varios funcionarios públicos. La presencia de uno de ellos despertó desconfianza y recelo entre la población. "Nos prometieron seguridad y unas casitas de interés social", recuerda Elizabeth. Sin embargo, El Tomate había quedado marcado como zona roja. Nadie volvió a sentarse en la plaza, ni siquiera cinco años después cuando a todas las casas llegó la luz eléctrica. Los militares que entonces se paseaban por la población jamás se ganaron la confianza de unos pobladores que desde ese 30 de agosto se sintieron, por siempre, abandonados a la buena de Dios.

### El dueño del bus

Fueron tantos los tormentos que vivió don Marcos en El Tomate, que si hubiese otra ruta para llegar a Montería sin tener que pasar por la tierra de sangre, aun cuando fuese una trocha, de seguro la tomaría para esquivar los recuerdos que nublan sus ojos verde claros. "Si pudiera volar, pasaría por arriba", me dice.

Don Marcos vive en Popayán, corregimiento de Canalete, distante media hora en carro de El Tomate. Su casa de madera es amplia, fresca y confortable, adorna-

da con fotos de sus hijos y nietos que ya no viven con él, algunos incluso residen en Suiza. Sus días se los pasa viendo cocinar a su esposa deliciosas galletas y preparar una rica avena cocida que envasa en botellas de gaseosa, las cuales vende a los pobladores.

Me recibió sin ambages y me invitó a seguir a su casa con la confianza de habernos conocido toda la vida. Sonrió tímidamente cuando le expliqué el motivo de mi visita y con tranquilidad y resolución me relató lo que para él y su familia significó perder a su hijo, a quien le había entregado como herencia el bus de palito que hacía la ruta Popayán-El Tomate-Chaparral-Las Cruces-Montería. La misma que hizo el comando de hombres armados que acabaron con la vida de los pobladores de El Tomate.

Antes de la masacre, a don Marcos y a su familia los había rozado la violencia cuando la guerrilla del EPL intentó tomarse la estación de Policía de El Tomate y los tiros volaron por todos lados. "La casa me quedó hecha un colador, el negocio me lo saquearon y por no oponerme nos perdonaron la vida". El hombre de 70 años estaba asistiendo a su primera función en vivo y en directo con el conflicto, aunque ya venía siendo testigo mudo y temeroso de movimientos extraños por los alrededores, que hacían correr el rumor de que algún día las cosas se iban a poner peor.

Tras la incursión de la subversión, el 23 de diciembre de 1987, don Marcos quedó prácticamente en la quiebra, y con la convicción de que si quería salir adelante tenía que irse de una tierra que había dejado de ser grata. Fue entonces cuando se desplazó con su familia a Popayán y desde allí reanudó sus actividades comprando un bus con el que volvió a organizarse. Él y su esposa viajaban constantemente a Montería, donde tenían a la mayoría

de sus hijos estudiando y habían decidido comprar una casa en el barrio La Ribera, con tan mala suerte que en agosto de 1988 los altos niveles del río los volvió a poner frente al riesgo.

"Y la inundación llegó para anunciarnos cosas malas, porque el 31 de agosto cuando llenábamos unos costales que nos había dado la Defensa Civil para proteger las entradas de las casas, vi arribar a una vecina de Popayán que me preguntó insistentemente si todo estaba bien", dice don Marcos. Dos horas más tarde, cuando le avisaron que se acercara a la estación de gasolina del barrio El Dorado, comprendió lo que no pudo decirle su comadre. "Vi a mi hijo muerto tirado en el pasillo de un vehículo. ¡Eso sí es grande! Un dolor de esos no se repite en otro". El cadáver del muchacho lo habían transportado hasta Montería unos amigos de la familia.

En los días siguientes, don Marcos, con la serenidad y prudencia que solo dan los años, se llenó de valor para ir a Las Cruces a verificar que los hierros retorcidos y el viejo chasis hecho trizas correspondían al bus con el que había sacado a su familia adelante.

Nunca denunció el hecho. Eran los tiempos en los que en Córdoba no se podía denunciar nada. Hoy, veinte años después cuando pareciera que sí es posible, le dio poder a uno de sus hijos para que reclamara reparación.

Al terminar la conversación, don Marcos me preguntó cuál sería el título de mi historia. No me dejó pensarlo. "Tierra de sangre", me sugirió.

Cuando salía de Popayán otra vez a El Tomate, para tomar la carretera que me conduciría a Montería, sentí lo que me había descrito con angustia don Marcos. También quería pasar volando por ese pueblo. Tuve la sensación

de que estaba haciendo el mismo recorrido del bus de la alegría, que luego sería recordado como el de la muerte y traté de imaginarme las caras de esos hombres, armados hasta los dientes, despidiéndose de su misión cumplida. ¿Reirían? Entonces recordé la frase de la novelista Virginia Woolf: "Mientras caminaba no son las catástrofes, los asesinatos, las muertes, las enfermedades, las que nos envejecen y nos matan; es la manera como los demás miran y ríen y suben las escalinatas del bus".



## Mejor Esquina

Diecinueve años después de la lluvia de sangre que cayó el sábado 3 de abril de 1988, el cielo había decidido confabularse nuevamente contra la olvidada población de Mejor Esquina, ubicada en el Valle del San Jorge, municipio de Buenavista, Córdoba. El tono gris volvió ese martes de Semana Santa de 2007, otro 3 de abril más, para recordarle a Elvia Martínez y al resto de los habitantes del corregimiento, que sus 28 muertos jamás los podrán borrar de la tierra los procesos de reparación que se ingenie esta justicia o cualquiera del futuro, porque el verde de ese campo cordobés se había vestido de luto para siempre.

No hay un solo habitante, de los casi mil que tiene esta población, que no sepa que un escuadrón de la muerte llamado "Los Magníficos" prendió un fandango y no precisamente al son del porro María Varilla, sino con el sonar de sus fusiles que apuntaron a todo lo que se

moviera, con el fin de enviarle un tenebroso mensaje a la guerrilla.

No hay un solo habitante que no tenga derecho a la reparación, porque los muertos eran primos, tíos, hermanos, sobrinos, hijos, padres. Todos de tres familias: los Benítez, los Martínez y los Sáez.

Desde entonces, el pueblo, ubicado en jurisdicción del municipio de Buenavista, se sumió en un silencio asustadizo que apenas sí permite a sus habitantes contar las historias a medias. Ellos conviven con un miedo que les carcome los huesos, pues temen, tantos años después, que la mano castigadora ande suelta y regrese para tomar venganza contra quienes osaron acogerse a la reparación contemplada en la Ley de Justicia y Paz.

Jairo Córdoba Sáez, Alberto Ruiz Martínez, Domingo Sáez y muchos habitantes más de Mejor Esquina fueron hasta Sincelejo, más exactamente hasta la Fiscalía, en busca de reparación.

“Los muertos dizque los van a pagar. Hay gente de aquí que ha ido a Buenavista, hasta la Fiscalía de Sincelejo y han metido los papeles. El último que lo hice fui yo y estamos esperando una respuesta”, relata Alberto Ruiz.

Elvia, entre tanto, decidió quedarse en Mejor Esquina con sus pensamientos atormentados, su dolor de hermana todavía vivo y su incredulidad resumida en una pregunta sencilla y contundente: “¿Y eso sí lo pagarán?... uno ni cree”.

A Elvia Martínez le mataron a su hermano en aquella barbarie que recordarán por siempre muchos habitantes de esa población. Víctor Manuel Ruiz, su esposo, cree

que sí van a pagar los muertos, lo que no está seguro es cuándo, pues son tantas las víctimas que no se sabe si la plata alcance.

“Nosotros hicimos el papeleo. No le pidieron a uno muchas cosas, unos testigos para que contaran cómo era el hermano mío. Eso lo hicimos hace más de un mes. Hay que ver los resultados a ver qué tal. Obra de Dios”, relata Víctor Ruiz.

Solo en Mejor Esquina fueron 28 muertos; en el país, miles y miles. De hecho, Víctor tiene miedo de que esa marca con la cruz de la violencia que les pusieron una Semana Santa, más temprano que tarde pase al olvido, como en efecto sucedió este 3 de abril de 2007, cuando ni siquiera el cura se acordó de la misa a las 2:00 de la tarde, la cual había convenido officiar para conmemorar un aniversario más de la masacre.

María Helena Sáez se quedó con sus florecitas apagadas por el fúnebre gris del cielo, remojadas en un recipiente plástico de gaseosa cortado por la mitad. Su hija, sobrina de su hermano Atanasio José Sáez, otra víctima de la balacera descomunal, lucía de rodillas al pie de la tumba, como tratando de implorar que no lloviera para terminar cuanto antes con la pesadilla que desde hace 12 años, todos los abril, la hace llorar y hasta orinarse en la cama.

La historia de la matanza le fue referida por su madre, y por todos los viejos, y hasta por los muchachos del pueblo, quienes hicieron suyo lo que no vieron, y se lo metieron en el alma para que siempre les ardiera el corazón.

Les pregunté si estaban preparados para la misa, si asistirían. Y la mayoría dijo que a la religión católica la

habían desterrado desde que Dios no puso en acción sus dotes de clarividente para avisarles lo que sucedería.

“¡Ah!, y es que hay misa para eso”, me dijo el abuelo Víctor Manuel cuando le pregunté si iría.

### **La terrible historia**

Domingo Sáez saltó de la cama apesadumbrado y sudoroso ese sábado 3 de abril de 1988 y se fue a Mejor Esquina en el primer carro que salió de Cartagena. No lo dudó ni un segundo, lo que le revelaba su sueño merecía la atención de sus coterráneos. Llegó a la apartada población, ubicada a 20 kilómetros del casco urbano de Buenavista, su tierra natal, presintiendo que algo malo iba a suceder.

Ese día todo estaba dispuesto para seguir con el tradicional fandango del Sábado de Gloria. Sin embargo...

“Aquí llegaron dos días antes unos tipos raros con mochilas, con camisas rotas, como locos. Caminaban por los potreros para que creyeran que eran locos. Llegaban acá y pedían una cerveza, una gaseosa y la pagaban. Al pueblo no le inquietaba nada”, me dijo Domingo Sáez.

Elvia Martínez era la dueña de la fonda del fandango. Su hermano, el concejal Ruperto Martínez, era quien más había trabajado para hacer realidad la festividad. Puso todo su empeño en lo que sería la celebración de su elección, tras una campaña limpia, de esas que ya no se dan en Colombia.

Sin embargo, el atribulado pensamiento de Domingo lo obligaba a decirle a sus amigos que no fueran a la

fiesta. Por el pueblo, hasta entonces, comenzó a correr el rumor de que algo estaba por suceder, pero los comentarios se resumieron en la posibilidad de una entrada eventual del Ejército, de esas que estaban de moda en Córdoba durante la época de la violencia, en las que pedían papeles y esculcaban al campesino hasta el fondo de sus pensamientos.

“El primer tiro que se escuchó en el fandango fue para el profesor Tomás Berrío Wilches. Nos dio clases a todos en el colegio viejo que ya desbarataron. Era el mejor hombre de la región. Él, cuando vio a los tipos, dijo: ‘Hombre, ustedes qué van a hacer’ y enseguida le dispararon”, recuerda Domingo Sáez.

Sucedió entonces lo que nadie esperaba con certeza, pero presentía con miedo.

“El día de hoy está tan triste como aquel sábado”, me dijo Elvia con su voz apagada por el dolor que lleva a cuestras. Ese Sábado de Gloria, el día de la matanza, en el ambiente se respiraba confusión. El pueblo entero se vistió de fiesta para asistir a la que fue la última cita con la vida.

Víctor Manuel Ruiz cuenta que “el personal esperaba al Ejército, pero esa gente se metió sin más. Los que estaban en el fandango vieron venir el carro. Al primer tiro unos corrieron, otros no se movieron diciendo que tenían sus papeles en regla. Pero esa gente entró repartiendo tiros y matando. Yo estaba moliendo un maíz cuando mi señora me avisó que venían unos señores. Yo cogí para el cuarto con mis tres hijos y mi mujer, pero nos tocó salir y tirarnos al suelo como nos lo ordenaron. Pasaron unos cuantos minutos de silencio y se oyeron los últimos disparos. Luego se fueron”.

Los cuerpos quedaron esparcidos en el patio de la finca La Florida; la banda Tres de Mayo de Montelíbano se apagó; de las 250 personas que estaban ahí, 28 quedaron tendidas en el suelo y el resto huyó a sus casas hasta el día siguiente, cuando venciendo el miedo fueron a enterrar a sus muertos luego de espantar a los cerdos que metieron sus hocicos en las heridas de bala y devoraron cuerpos y rostros.

“A mí me mataron un poco de familia: Juan Manuel, mi hermano; Domingo Sáez, mi tío; el Negro Sáez, primo, y Atanasio, también primo; Cleto Martínez que también era primo mío. También mataron a los Benítez, dos muchachos que vinieron de Barranquilla a pasarse la Semana Santa acá, uno era agrónomo y el otro ingeniero. Ellos estaban comprando fritos en la fonda cuando les dispararon sin más ni más”.

A pesar del olvido, señoras cargadas de sufrimiento le pidieron al país político, al de los procesos de paz fracasados y disfrazados de pactos escondidos, que se seguirán preparando para reencontrarse con la marca de la tragedia que ninguna confesión de jefe paramilitar alguno, ni reparación borrarán de la memoria colectiva de los habitantes de Mejor Esquina.

“¡Ay manita!, por más procesos y cosas que nos hagan ya no nos van a devolver lo que nos quitaron ni a borrar las tristezas que nos dejaron”, me dijo Elvia al despedirse.

## El hombre más solo del mundo

Jerónimo, bautizado con el nombre del santo patrono de las tierras bañadas por el Sinú, se siente el hombre más solo del mundo.

Lo encontré sentado en la iglesia cristiana que frecuenta todos los domingos, ubicada cerca de su parcela en Las Delicias, rodeado de unas 30 personas que entonan cánticos de alabanza al Señor. Está metido en un pensamiento recurrente. Hace 18 años, alentado por su mujer, huyó del barrio El Escolar, en Tierralta, para salvar su vida sin imaginarse el desenlace fatal: “Los Mochacabezas” asesinaron a su esposa y a sus cuatro hijos a las 2:00 de la madrugada del 25 de octubre de 1990.

La macabra historia la mencionan entre dientes los pobladores del municipio del sur de Córdoba, ubicado a orillas del sinuoso río, sin el ánimo y la intención de contar detalles.

No podría asegurarse que Tierralta sea el pueblo más golpeado por la violencia. El lamentable puesto podría peleárselo con los otros 29 municipios de Córdoba con sus historias de sangre, pero sin duda, hechos incontrovertibles lo sitúan entre los primeros lugares. Algunos sucesos de por qué la región ha sido territorio de violencia son el asesinato del padre jesuita Sergio Restrepo el 1<sup>o</sup> de junio de 1989 en las afueras de la iglesia; el triste final del ex alcalde Héctor Acosta Pacheco y su esposa Leticia Monterrosa el 20 de febrero de 2001, ultimados por miembros de las Autodefensas que dejaron colgado en sus cuerpos un letrero en el que los acusaban de hechos de corrupción, y las muertes selectivas de desmovilizados de las Autodefensas que entre 2007 y 2008 superaron los 70.

En la vía a la represa de Urrá, más exactamente en el desvío al corregimiento de Palmira, hay un punto conocido como "El agujero negro", a donde llevaban a muchas de las personas que desaparecieron en la década de los años 90.

Valencia y Tierralta fueron entonces el laboratorio de guerra escogido desde hace 60 años por la guerrilla, por los Castaño, por los narcos... y todavía lo sigue siendo.

En Tierralta nadie quiere hablar de ningún hecho violento y muchísimo menos de "La calle del crimen", como tristemente bautizaron al sector del barrio El Escolar, donde se perpetró la matanza.

¿Quién me creía yo, entonces, para alterar la tranquilidad de los habitantes del barrio? Esa pregunta me la hice cuando una vez allí toqué deliberadamente la puerta de una casa humilde y pregunté por las víctimas de la masacre ocurrida 18 años atrás.

La costurera del barrio dejó a un lado su antigua máquina de coser, marca Singer, se frotó las manos con evidente nerviosismo y por la ventana me señaló la iglesia evangélica ubicada justo en frente de su casa. "Allí vivían y allí los mataron. El único que quedó vivo se fue hace muchísimo tiempo y no sé a dónde". La anciana, de mirada dulce, no me aceptó ninguna pregunta, no dijo nada más. Perturbada intentó reincorporarse a sus labores de costura y volvió a pedalear la máquina sin siquiera despedirse.

Cuando salí a la calle vi cómo las 12 puertas de las casas de la cuadra se fueron cerrando una a una. En las ventanas se asomaban algunas caras tímidas. Por su actitud concluí que se resistirían a contarme lo que había pasado. El miedo los ha acompañado toda la vida y los seguirá acompañando, porque no creen que los malos se hayan ido del todo de un pueblo donde la muerte se hizo costumbre.

Fernando, un hombre de 45 años que sufre de parálisis facial, se quedó mirándome fijamente y me invitó a acompañarlo a su terraza. Hizo caso omiso a la sugerencia de su hermana de no hablar, me relató cómo "Los Mochacabezas" habían llegado a las 2:00 de la mañana y habían "barrido" con 10 personas a las que después de dispararles les cortaron el cuello. Seis de los cadáveres fueron apilados en la casa donde construyeron posteriormente la iglesia.

"Hicieron una pila como si fuera tierra", dijo la hermana de Fernando desde la sala. Liberó su voz de la condena al silencio que se había impuesto desde que sucedieron los hechos. Salió de la casa y me dijo: "Nunca había querido volver a hablar de eso que pasó al lado de mi casa, porque no pudimos hacer absolutamente nada".

Sobre los cuerpos de los cinco niños, entre los 5 y 14 años de edad, tiraron por último a la madre. Después fueron a la casa de al lado y mataron a Agustín Cogollo, "El Machín", del que nadie da razón, y a Guido José Hernández Bravo, un joven de 17 años. Continuando con la sinfonía de la muerte le dispararon a Rafael de Jesús Ayazo Martelo. Los nervios le jugaron una mala pasada y lo hicieron salir de su casa antes de tiempo, por eso lo mataron. Y para asegurarse de que no hubiese testigos, los asesinos entraron a la vivienda de Rafael Ayazo y le dieron bala a Rafaelito, de 9 años, al único que encontraron observándolos, petrificado, horrorizado por ver cómo habían matado a su papá.

El escuadrón de la muerte, comandado por un hombre de la ley al que todos conocían muy bien en el pueblo, al que el padre jesuita Sergio Restrepo le dedicó apartes de sus extensas homilías sin mencionar su nombre, iba con lista en mano pateando puertas y preguntando por los que, según ellos, eran extorsionistas y auxiliadores de la guerrilla.

Un testigo de los hechos que hoy vive en el Urabá antioqueño, recuerda que "Los Mochacabezas" les cortaron la garganta a las víctimas. "Comenzaron por los niños. A una pequeñita la agarraron del pelo y le pasaron la navaja por el cuello". El hombre de 40 años, esa noche, cuando escuchó el chirriar de los frenos del carro, salió corriendo despavorido, se subió a un árbol y se persignó tantas veces como oraciones hizo para pedirle al Santísimo que no acabaran con su vida. Desde el árbol vio el suceso que marcó la historia de El Escolar. "Los hombres al servicio del crimen se fueron rumbo a otro barrio, San José, y esa misma madrugada mataron a dos tierraltenses más", me dijo. Desde entonces, el testigo huyó de Tierralta y del pasado. El hecho de no atreverse a regre-

sar a su pueblo le recuerda todos los días el instante en que la balacera se tomó el barrio.

Fernando, el único hombre que me quiso hablar en El Escolar, avanzaba en el relato esa mañana calurosa del domingo 14 de septiembre de 2008. Su voz la apagaba el pastor que en la iglesia vecina estimulaba a un grupo bastante nutrido que nunca falta a la cita de los domingos, de 10:00 de la mañana a 12:00 del medio día.

El pastor de piel morena, a quien había visto palmo-tear desde el púlpito, gritaba vivas y consignas a Dios desde la que fuese la casa de Jerónimo, donde funcionaba el hogar comunitario de Ana Isabel Flórez Teherán, la madre asesinada.

### **Soledad infinita**

Jerónimo Julio Vega es el único sobreviviente de la tragedia familiar que todos los 25 de octubre, sin falta, conmemora con una misa el profesor Alejandro Jiménez, habitante del barrio El Escolar, pretendiendo con ello que nadie olvide las historias de plomo y machete de un pueblo golpeado históricamente por la violencia.

Jerónimo recuerda que los hombres tumbaron la puerta de la casa, lo encañonaron y lo sacaron a la calle. Uno de los asesinos lo golpeó en la cabeza con el revólver y él se defendió dándole una trompada. En ese momento su esposa le dijo que corriera y él se marchó sin mirar atrás. Seis horas después, a las 8:00 de la mañana, regresó y se encontró la dantesca escena: Adalberto, de 14 años de edad; Mónica del Carmen, de 11 años; Beatriz, de 9; Eduardo, de 7; su sobrina Ana Milena, de 5, a quien ayudaban a criar, y su esposa Ana yacían en

el piso de cemento que gracias a su trabajo de coterero le había mandado a poner a su casa semanas atrás, para que su esposa instalara un hogar infantil.

“Me dolió tanto y me sigue doliendo cuando llega el fin de año”, me dice Jerónimo, el hombre que parece haberse anestesiado contra el sufrimiento. Antes de que sus ojos cargados de lágrimas dejaran escapar algunas, se levantó de la silla y buscó una bolsita de la que sacó unas viejas fotografías de sus hijos y de su esposa, las cuales conservó porque su nueva compañera se lo pidió un día que estaba decidido a quemarlas.

En una de las fotos está el rostro inocente de Eduardo. Pareciera que esculcara los pensamientos de quienes le observan. También está el cuerpo de Beatriz, a quien el desgaste del papel le borró su cara, parece un fantasma.

¿Qué es para usted la soledad?, le lancé la pregunta tortuosa a Jerónimo. “Es como estar rodeado de mucha gente que no es nada de uno”. Así se siente este hombre de 54 años que vive en su parcela en compañía de Ana Victoria y de dos nietas, con quienes desde hace 16 años comparte las alegrías, desventuras y tristezas. Ese domingo que hablé con Jerónimo venía de la iglesia, a la cual nunca ha dejado de asistir, porque es el único sitio en donde encuentra la paz.

Retornando al pasado, Jerónimo, a quien sus vecinos conocían más como Daniel porque así fue como quiso llamarlo su madre y no el cura que lo bautizó, recuerda que el 26 de octubre sepultó a su familia, empacó sus pocas pertenencias y guardó los cinco certificados de defunción con los seriales 195153, 195154, 195155, 195156 y 195157. Ese día se marchó del barrio para no regresar jamás.

Creyó haberle dado la espalda al horror cuando se fue a vivir a San Pedro de Urabá, pero regresó al año y medio porque no se acostumbró a vivir lejos del cementerio de Tierralta, donde sepultó a su familia.

Allí fue donde se conoció con Ana, qué curioso, se llamaba igual que la madre comunitaria con la que compartió casi 20 años de su vida. Se fue a vivir con su segunda compañera a Baltasar, vereda ubicada cerca al antiguo poblado de Frasquillo, que posteriormente fue reubicado debido a la construcción de la represa Urrá I. De allí tuvieron que salir desplazados en 2001 cuando fueron víctimas de los hostigamientos de los paramilitares que peleaban con la guerrilla las tierras cocaleras. Ya para esa época una vasta extensión del Parque Paramillo estaba atestada de coca. Hoy el Ejército dice que fueron erradicadas 8.000 hectáreas, Parques Naturales de Colombia dice que hay sembradas tan solo 460 y los campesinos de la zona aseguran que serían más de 20.000. ¿Quién tiene la razón? De seguro que los hombres del campo, muchos de ellos empleados en los cultivos ilícitos, tienen más elementos de juicio para hablar de la zona en la que han vivido toda la vida.

En esos tiempos Jerónimo también tuvo que compartir el dolor con su nueva compañera: la extraña desaparición del único hijo de Ana, que era soldado profesional. Ese hecho lo convenció de que jamás podría despojarse de un sentimiento de aflicción que se le metió como punzadas en el alma.

El hombre que perdió la batalla con la soledad, se quedó a vivir en una parcela en Las Delicias, otro de los reasentamientos de Urrá y desde su casa de bahareque y techo de palma cuida los cayos de yuca y sembradíos de plátano y naranja que le dan de comer. Jamás volvió a te-

ner hijos, él no quiso, y le ayudó el hecho de que la mujer con la que decidió reorganizarse ya no podía concebirlos. "No quiero volver a perder a ninguno", me dijo mientras repasaba las fotografías con cierto nerviosismo.

Jerónimo es de esos hombres del Sinú al que la rabia no lo llevó a actuar ni a tomarse la justicia por sus propias manos. Hace parte del mito del pueblo pacífico que comenzó a desmoronarse cuando los sentimientos de venganza y retaliación nacieron en los corazones de algunos pobladores del valle del Río Sinú.

Jerónimo es un hombre cuya fuerza de voluntad doblegó a la venganza y a la ira, pero no a la soledad infinita que muestran sus ojos enrojecidos. Es una víctima más que jamás ha escuchado sobre la Ley de Justicia y Paz y que no entiende que tiene derechos aunque la tragedia haya sucedido hace tantos años. No es que no crea, es solo que no concibe la idea de que se repare un daño que es irreparable.

## El exterminio de los Padilla

Lo único que recuerda Enilerta Padilla de su hermano Alejandro "El Negro" Padilla Guerra, son esas ganas de trabajar y de sacar a sus 11 hijos adelante. Y sin duda el hombre robusto y laborioso lo logró cuando sumó más de 500 cabezas de ganado en la finca Las Gardenias, de 450 hectáreas, ubicada entre las veredas de La Rula (Antioquia) y Fabra (Córdoba). Una parte de esos terrenos los heredó de su padre, quien en vida repartió el fruto de su trabajo entre sus 12 hijos. Sin embargo, con lo que jamás contó "El Negro" Padilla es que a 11 miembros de su familia, entre adultos y niños, los asesinarían las Autodefensas tras ser acusado por el robo de unas vacas. Detrás de los crímenes siempre estuvo el señalamiento de los paramilitares de que Padilla era auxiliador de la guerrilla.

Eran épocas en que la prosperidad era exclusiva de algunos. Los que tenían fueron amparados por la mano



paramilitar que cuidó las fincas a cambio del sostenimiento de la organización; algunos de los que se levantaron de abajo carecían de derechos, fueron estigmatizados y señalados de conseguir las riquezas bajo prácticas no santas.

Los Padilla fueron perseguidos entre 1994 y 1997. Durante tres años los aniquilaron sin contemplación alguna y bajo el silencio abrumador de todas las autoridades. Las denuncias interpuestas por uno de los hijos del patriarca, a quien le cobraron la osadía con su vida, solo comenzaron a prosperar once años después, el 3 de septiembre de 2008, cuando el Juzgado Segundo Penal del Circuito Especializado de Antioquia profirió en primera instancia una sentencia contra los paramilitares, con relación al caso.

Sentada en un taburete viejo en su humilde vivienda de palma y piso de tierra, en la vereda Morrocoy, en la margen izquierda del municipio de San Pelayo, Enilerta no puede olvidar que muy cerca de su casa los hombres de las Autodefensas hicieron sonar los fusiles para matar a su hermano y no contentos con ello le prendieron fuego a la vivienda produciéndole la muerte a una pequeña de 7 años. "Allí no se salvó ni la Biblia de la difunta Evangelina (esposa de Alejandro Padilla). Quedó tirada en el piso, abierta en el Salmo 91 con las hojas chamuscadas, sucias de sangre".

Del otro lado del mapa cordobés, lejos de Morrocoy, vive en el municipio de Valencia uno de los cuatro hijos sobrevivientes de la estirpe de Alejandro Padilla. Gildardo, un hombre parco y de pocas palabras, quien se resiste a recordar el asunto, fundamentado en que eso no le ha servido ni le va servir de nada. A ratos piensa en recuperar todo lo material que le arrebataron a su papá,

pero reflexiona y concluye que los malos nunca dejarán de estar sueltos para actuar aun cuando estén metidos en la cárcel.

### La historia

Un ganadero a quien se le perdió el rastro, también señalado de tener algo que ver con el exterminio de los Padilla, dicen que fue quien acusó a "El Negro" Padilla de haber corrido la cerca para robársele unas vacas. Los hijos mayores de los Padilla: Valdemiro, Roberto y Estanislao se cruzaron en una interminable discusión con los hijos del ganadero. No aceptaron jamás las acusaciones y por el contrario los responsabilizaron a ellos de haberse robado el ganado de su papá.

La disputa que comenzó el vecino tuvo su primer día trágico el 29 de noviembre de 1994, cuando un grupo de hombres fuertemente armados, vistiendo uniformes parecidos a los del Ejército, llegó a las 8:00 de la mañana a la finca Las Gardenias, se identificaron como integrantes de las Autodefensas Unidas de Colombia y se llevaron a los tres hermanos mayores.

En los altos de las montañas de la Serranía de Abibe, casi llegando a la vereda de Fabra, los amarraron, les cortaron la cabeza y dejaron los cuerpos a merced de los gallinazos. En la acción también asesinaron a "El Manco" un trabajador de la finca de Alejandro que se encargaba de transportar la leche en burro hasta los sitios de acopio para la venta.

La sentencia de los paramilitares fue concreta: dijeron que los mataron por ser "sapos de la guerrilla". Al

otro día de la matanza se llevaron todo el ganado, los caballos y demás animales. Como consecuencia, en Las Gardenias no quedó nadie. Todos los miembros de los Padilla, encabezados por el jefe de la familia, salieron despavoridos a refugiarse en diferentes regiones, unos tomaron rumbo a Valencia, Córdoba, y otros a Chigorodó, Antioquia.

Así comenzó la triste vida de Gildardo como el recogedor de sus familiares muertos. En hamacas trasladó los cuerpos de sus tres hermanos desde La Rula hasta Valencia y los sepultó en el cementerio del municipio. Algo le decía que no serían los únicos. El vaticinio se haría realidad tres años después.

“El Negro” Padilla se vino de más a menos, recuerda su hermana Enilerta. No solo había perdido a tres de sus hijos, también el sustento de sus familias, su tierra, a la que le metió el hombro hasta más no poder.

Un derecho de petición del 27 de noviembre de 2008 respondido por el Instituto Colombiano Agropecuario (ICA) da cuenta que según el registro sanitario de predios pecuarios de la finca Las Gardenias, en 1993 se vacunaron 70 bovinos y en el año 1994, 201. El patrimonio familiar lo había multiplicado Alejandro Padilla y sus hijos gracias a la dedicación y al trabajo.

El papá de “El Negro” Padilla, que para la época aún vivía, también salió exiliado de La Rula junto con sus otros hijos. Los paramilitares dijeron que no querían volver a oler a la estirpe Padilla en la región de Urabá. Por eso él y su hija llegaron San Pelayo, a vivir a la buena de Dios. “Papá se murió triste. Ni siquiera porque fuimos a hablar nos quisieron devol-

ver el pedacito de tierra que era de papá”, dice la mujer, a quien las canas le alumbran un rostro que algún día fue hermoso, y que se marchitó luego de la oleada violenta.

Alejandro “El Negro” Padilla se refugió por un tiempo en Valencia, la tristeza lo empujó a irse también de allí a Cerro Cuchillo, en Bajirá, Antioquia, donde compró una tierra y logró organizarse durante dos años. Nuevamente llegaron las amenazas de los paramilitares de que tenía que irse de Urabá. Su hermana Enilerta lo convenció de mudarse cerca de ella, en Morrocóy. “Para él las cosas fueron duras, de tener finca pasó a tener una tienda y el ganado lo reemplazó por una gallera. Me decía que algún día iba a recuperar lo que le quitaron”. Los días no le alcanzaron.

El 19 de mayo de 1997 un comando armado llegó a las 10:00 de la noche a la casa, lo balearon a él, a su esposa Evangelina, a los hijos Alejandro y Animadat Padilla; y a un cuñado de “El Negro”, llamado Edilberto Contreras. Las balas traspasaron las paredes de bahareque y boñiga. “Creo que mi comadre Evangelina, con la Biblia en la mano alcanzó a pedir por sus vidas, porque el tiro traspasó la pasta del libro sagrado y le produjo la muerte”. La casa fue incendiada y dentro murió Olfadys Contreras Padilla, una menor de 7 años de edad.

La Policía y la Fiscalía llegaron al sitio del hecho para el levantamiento de los cadáveres. Enilerta solo recuerda el silencio asustadizo de los habitantes de los alrededores. Nadie, incluyéndose, dijo nada. Nadie vio nada. Los cuerpos fueron llevados a la morgue del antiguo Hospital San Jerónimo de Montería, hasta donde llegó Gildardo a recogerlos para sepultarlos en el cementerio de Valencia, al lado de los tres hermanos. Había decidido comprar un mausoleo para tenerlos a todos juntos. Él quiso creer que

el exterminio desatado en contra de su familia esta vez sí había terminado... pero no fue así.

Otro hijo de Alejandro, hermano de Gildardo, llamado Sofanor, se armó de valor e interpuso una denuncia formal en la Fiscalía, justo en los tiempos en que las autoridades en Córdoba no llevaban a feliz término ninguna investigación contra los paramilitares.

Salvatore Mancuso confesó en su versión libre desde E.U., el jueves 20 de noviembre de 2008, lo que todo mundo comentaba en las esquinas: a las autoridades les pasaban plata para dejar esos temas quietos. Una nómina de funcionarios de organismos de inteligencia del Estado, de seguridad, y miembros de la rama judicial por valor de 700 millones de pesos mensuales, compró más que conciencias, compró silencio.

Gildardo, atemorizado por lo que había sucedido con la familia, en un arranque de desesperación, el hijo de "El Negro" Padilla que le tocó sepultar a sus familiares, tomó una decisión que creyó sensata. Enfrentó a los "paras" con su única arma: la palabra. En agosto de 1997, tres meses después de la masacre de Morrocoy, pidió una cita con los comandantes de las Autodefensas. Fue junto con dos hermanos más hasta la finca Las Tangas, Valencia, en donde se reunió con varios jefes de la organización.

Allí escuchó por primera vez y directamente que las Autodefensas acusaban a su papá de guerrillero. "Si era guerrillero ¿por qué apostaban a los gallos con él en Tierralta?", recuerda Gildardo que le preguntó con rabia a los paramilitares. "Iba decidido a lo que fuera, ya no me importaba nada". Uno de los jefes le dijo que no pusiera ninguna denuncia por lo que había pasado —ya lo había hecho

Sofanor— porque ellos todo lo sabían. Las Autodefensas le confirmaron que la finca la tenían. El hijo de "El Negro" Padilla preguntó por el ganado. Los paramilitares se hicieron los sordos.

Gildardo confirmó ese día que en la finca Las Gardénias ahora reinaban las Autodefensas, las cuales no querían ver a ningún Padilla por los alrededores, porque todos eran guerrilleros. Fue tal la sentencia, que unas tías de Gildardo que vivían en San Rafael del Pirú en más de una ocasión tuvieron problemas. Pese a ello nunca abandonaron sus tierras.

Para Enilerta y Francisco Valencia la vida no había podido ser más ingrata. Recuerdan que después de que mataron a los tres hermanos Padilla, fueron citados por un ganadero hasta el filo de un cerro, en un alto y allí se entrevistaron con la guerrilla. "Nos pidieron que colaboráramos dando información sobre todos los ganaderos de la región que simpatizaban con las Autodefensas. Nos salimos de ese lío argumentando que éramos cristianos, que no podíamos hacer eso y simplemente nos desplazamos", relata Francisco, un campesino de carnes firmes y voz templada. Tan fuerte que con ella interpreta cantos de vaquería y décimas que le ha compuesto a Enilerta a lo largo de los 50 años de casados.

El 15 de septiembre de 1997 la Fiscalía citó a Sofanor, el hermano menor de Gildardo y sobrino de Enilerta a ampliar su denuncia. Para ese tiempo él vivía en Chigorodó. No alcanzó a cumplir la cita con la justicia porque le tocó cumplirle primero a la muerte. El día trágico llegaron hasta su casa unos sujetos en un carro y se encontraron a Vladimiro Padilla, otro de los hermanos, y lo obligaron a abordar el vehículo para recoger a Sofanor. "Con la muerte de ambos les cobraron el haber denunciado a las Autodefensas", recuerda el herma-

no recogedor de muertos. Lo curioso del caso es que Vladimiro prestaba el servicio militar y justo para esos días le habían dado permiso.

Misael Padilla, el hermano mayor, recogió los cuerpos de los muchachos que ni siquiera alcanzaron a terminar su bachillerato, y se los llevó a Gildardo para que hiciera lo que ya había hecho con el resto de los Padilla: sepultarlos en Valencia.

Gildardo no solo heredó el terror, también la denuncia. Nueve meses después del crimen de sus dos hermanos la Fiscalía lo llamó a rendir declaración a Medellín el 15 de junio de 2008. Tres días antes, recuerda él, fue contactado por varios sujetos. Fueron claros: si declaraba en la Fiscalía podía correr la misma suerte de sus hermanos. Le pidieron que se fuera un tiempo, que ellos arreglaban lo del proceso en la Fiscalía, y así fue. Le tocó irse a esconder a Bogotá donde no tenía a nadie.

En la capital, solo y sin plata con qué sostenerse, recibió la ayuda de la Fundación Arco Iris, que lo puso en contacto con la Defensoría Nacional del Pueblo, pero para su desgracia las palabras del funcionario que lo atendió fueron contundentes: "No podía hacer nada porque nadie se atrevía a meterse con los Castaño o con Mancuso".

Tres años después Gildardo regresó a Valencia, derrotado, enfermo y sin recibir la ayuda de autoridad alguna. Ni siquiera pudo sacar su carné de desplazado. En su rostro y sus palabras asoma un resentimiento mal disimulado contra la Fiscalía, el Ejército y la Policía. Para él todos sabían quiénes eran los asesinos de su familia pero nadie hizo nada. Sigue viviendo en Valencia sin poder hacer nada por recuperar lo que era de su familia, porque no hay ayuda de nadie.

De hecho, reconoce que en mayo de 2005 vendieron parte de Las Gardenias bajo presión. "Veníamos de vivir una constante pesadilla, ya en el 97, después de matar a mis papás, habíamos firmado unos papeles de venta de una parte de la territa, 'Si no vende usted vende la viuda', era la sentencia".

Gildardo hizo el trámite ante Justicia y Paz, pero también entabló un proceso judicial ordinario contra el Estado con el que busca que le restituyan lo que su familia perdió. Aunque a ciencia cierta no sabe para qué, porque tanto sus cuatro hermanos sobrevivientes: Elvia Rosa, Eva María, Juan y Misael, como él no creen poder volver a vivir en La Rula.

Enilerta, por su parte, está condenada al olvido. También inició un trámite de reparación por las tierras que perdió el viejo Padilla, declarándose víctima de un desplazamiento forzoso por cuenta del exterminio del que fue objeto su familia.

Tanto ella como Gildardo esperan pacientemente el arribo de una justicia que les ha sido esquiva. En sus hogares en Valencia y en Morrocroy, San Pelayo, sobrellevan con dignidad la pobreza y la tristeza.

## El Guadual de mis sentimientos

Me reencontré con Guadual, población rural de Valencia, doce años después de que la violencia y el terror la vistieran de desolación y desesperanza. Y fue posible gracias a la misión de la embajada gringa y al Ejército de Colombia que habían decidido en diciembre de 2007 inaugurar el único puesto de salud decente que hay en los alrededores.

En ese diciembre de 1995 me inventé una travesía por el municipio de Valencia, ubicado al suroriente del departamento de Córdoba, que terminó en la llamada zona roja. En ese entonces arribé al corregimiento de Guadual, cubierta de polvo desde la cabeza hasta los pies, como las galletas de limón recién hechas, tras tres horas de recorrido en carro por un camino destapado lleno de recovecos y de desplazados.

Recuerdo que algunos hombres con miradas cansadas y malvestidos, a quienes jamás hubiese identificado

como guerrilleros, pero que me revelaron que lo eran, me recibieron en el único granero del pueblo que a duras penas se sostenía sobre unas tablas desvencijadas y armarios vacíos. Era la época en que la guerrilla era ama y señora en esas tierras.

Jamás podré borrar de mi memoria el peso de un silencio abrumador. Solo el eco de un viento fugaz rebotaba sobre los verdes muros de la Serranía de Abibe, y se devolvía como en un callejón sin salida. Nos llevó hasta Guadual un tipo que conducía un vehículo jeep Willys, quien se atrevió a surcar la cordillera no sin antes advertirnos que era peligroso ir a buscar lo que no se nos había perdido. Durante todo el trayecto nos apuraba para que saliéramos con la luz del sol, porque de noche cualquier cosa podía suceder. Hacía pocos días las Farc defendían a sangre y fuego el que consideraban su territorio, un apetecido corredor que comunica a Córdoba con el Urabá antioqueño, por donde podían sacar la droga y moverse. Sin duda, era estratégico. Todavía lo sigue siendo.

Los pobladores se estaban yendo y nosotros habíamos llegado para presenciar el éxodo en una región azotada por el olvido y la indiferencia del Estado. Una zona que a la postre es habitada por valencianos desplazados que retornan al único lugar sobre la faz de la tierra que sienten como propio, aun cuando históricamente les haya tocado compartirlo con los actores armados.

Doce años después de ese episodio, el viento, esta vez impetuoso, nos recibió en ese mismo lugar, anclado en una especie de hoya ecológica custodiada por soldados y policías que se pierden entre la espesa vegetación.

La violencia, aseguran contados habitantes, ha sido desterrada; el granero de tablas fue reemplazado por uno de material bien abastecido para atender a los poblado-

res que acuden a diario a hacer las compras y que solo bajan a Valencia cuando la necesidad es inevitable. El billar volvió a llenarse y la plaza lucía como un enorme potrero en el que los caballos y burros esperaban pacientes mientras sus dueños eran atendidos por diligentes médicos, enfermeras y peluqueros que hacían parte de la acción social del Ejército y de la Presidencia de la República, que habían llegado, aunque no fuese para quedarse.

Ese temor de que la fuerza pública estuviese de paso lo han sentido desde siempre los habitantes de Guadual, y con más fuerza después de cada toma guerrillera de las que han sido víctimas.

El abogado José Gómez Ramos, quien fuera personero de Valencia en el año 2006, dice desde su oficina en Montería, que el esfuerzo institucional que se ha hecho por su municipio jamás ha sido suficiente. En una sola década, la de los 90, Valencia sufrió la muerte y desaparición forzada de más de mil personas. En el año 2003, dos años después de las cruentas masacres en Guadual (5 de agosto de 2002) y en el Alto de San Juan (23 de abril de 2001) nueve mil desplazados decidieron resguardarse en el casco urbano de la municipalidad. "Treinta de cada cien valencianos han sido desplazados de la zona rural", asegura con voz cortante el ex Personero, quien asevera que las masacres en Valencia le robaron para siempre la tranquilidad a la población.

### **La última masacre de Guadual**

Guadual es uno de los pueblos más sufridos de Córdoba debido a los constantes hostigamientos de los actores armados. Fue la retaguardia de la guerrilla por

muchos años y luego de los "paras", lo que jamás perdonaron y olvidaron las Farc.

Con temor los pobladores se atreven a decir que les pasaron la cuenta de cobro por vivir allí, por tener que atender a todos los actores armados cuando pasaban y lo exigían. "Ver, callar y dejar pasar" era la recomendación de los más viejos y terminó siendo la frase más repetida por los más jóvenes que nunca se acostumbraron del todo a las balas y a los uniformes camuflados.

Por eso cuando los muchachos del pueblo escucharon el rumor de una toma, no dudaron en hacerlo correr hasta el casco urbano de Valencia, en busca de la salvaguarda de las autoridades. Alfredo Arrieta fue uno de los habitantes que le contó al entonces personero José Gómez Ramos que un chico, apodado "El Patillero", había llegado al pueblo el 4 de agosto con la noticia de que la guerrilla se lo iba a tomar.

A las 5:30 de la madrugada del 5 de agosto la amenaza se hizo realidad y la lluvia de plomo se tomó la población. El Ejército llegó cuando los muertos sumaban 23 y la guerrilla, que se enfrentó a los 'paras', había emprendido la retirada. Los cadáveres de los campesinos y de los miembros de las Autodefensas los trasladaron a Mielles, vereda ubicada a 9 kilómetros de Guadual, y distante 30 minutos de Valencia. Hasta allí llegaron también unas dos mil personas desplazadas.

"Cuando la violencia toma forma de cadáveres, de cuerpos mutilados, de miles de desplazados y personas heridas y con los ojos tristes; de hombres y mujeres corriendo para cualquier parte con el único vestido que traen puesto, las horas se vuelven pesadas, se acaban las palabras y el silencio va entrando en cada boca como una culebra invisible que se le come la lengua a los hom-

bres", dijo José Gómez Ramos en un texto que publicó sobre las masacres de Valencia.

Recuerda el ex personero que una de las víctimas, Pablo Berrío Salas, un negro de contextura delgada, labios gruesos y ojos saltones, terminó decapitado. Su cabeza la encontraron dentro de la mochila en la que su mujer le había empacado la "zarapa" para el trabajo.

El hijo de Pablo, un niño de 12 años, no esperó a que su papá le gritara que corriera para que salvara su vida. Lo hizo decididamente con tan mala suerte que fue capturado por los guerrilleros que lo obligaron a él y a otros pobladores, que también fueron retenidos, a cargar las hamacas en las que sacaron a sus heridos. Cuando los insurgentes estaban bastante retirados de la población, le colocaron al niño un morral en la espalda, le dijeron que corriera, que no mirara hacia atrás hasta que estuviera donde se encontraban atrincheros los "paracos". Una vez en el sitio los autodefensas se olfatearon algo extraño, le gritaron que se quitara el morral y minutos después de haberlo puesto en la tierra, explotó. Por suerte Pablo vive para contar la peor pesadilla de su vida.

A las 4:00 de la tarde de ese mismo 6 de agosto la gobernación de Córdoba, envió 40 ataúdes color café. Veintitrés fueron usados inmediatamente, el resto poco a poco, porque la ola de ejecuciones extrajudiciales no se hicieron esperar. En Valencia rondaba el rumor de que algunos pobladores sabían que la guerrilla se iba a meter a Guadual y nadie había osado darle el parte oficial a los representantes de la ley y el orden en la zona: los paramilitares, por eso se los habrían cobrado con sangre.

Entre los muertos de la masacre de Guadual están Fernando Arturo Jiménez Galván, de 28 años; Oliver Antonio López Sotelo, de 15, a quien masacraron delante de sus seis hermanos menores; Yulis Shirley Gómez, de 16 años; Jesús Elías Zuleta Zuleta, de 31 años; Jorge Eliécer Duque Gómez, de 17 años; Pablo Berrío Salas, de 30 años; Yamith Manuel Causil Hernández, de 30 años; Gerardo Herrera Casas, de 23 años; Francisco Miguel Padilla Torreglosa, de 36 años; Rosendo Rojas Cuadrado, de 17 años; Edinson Rafael Tuirán Gómez, de 22 años; Wilfredo Manuel Álvarez Morales y Néder Enrique Guerra Díaz.

El tiempo pasó y las investigaciones sobre los hechos duermen el sueño de los justos en los anaqueles de los juzgados, como gran parte de estos procesos en Colombia.

### **Los muertos del Alto San Juan**

Bajo el título: "Lo decapitaron", el diario *EL MERIDIANO* de Córdoba relató el 22 de febrero de 2001 una muerte más en Córdoba, esta vez en el Alto San Juan, vereda del municipio de Valencia. A Luis Mateo Almanza Buelvas, un joven cristiano que hacía parte de la iglesia "Libertad en Cristo", de Valencia, le cortaron la cabeza y la echaron a rodar por las lomas de una población olvidada. Quienes lo asesinaron a mansalva lo señalaron de ser auxiliador de las Autodefensas. Esa era la conclusión del horrendo crimen.

La hilera de empinadas montañas pintadas de mágicos verdes, que dibuja los límites entre los departamentos de Antioquia y Córdoba, había sido escogida nuevamente por los violentos para mandar otro mensaje a Colombia

de que los enfrentamientos entre guerrilla y paramilitares era una guerra sin límites.

Los campesinos que presenciaron el hecho, entre ellos el parcelero Rubén Martínez, quien después se mudó muy lejos del Alto San Juan, no hicieron nada porque la norma que imperaba en esos tiempos era que si el asunto no era contigo, da la vuelta y sigue tu vida. Y algo peor, si mataban a alguien, sin duda era por algo.

Luis, el decapitado, era la advertencia de que algo horrible estaba por suceder, pero para la época los temores de los campesinos que vivían a merced de los constantes hostigamientos de los actores del conflicto, no eran tenidos en cuenta por las autoridades. En el Alto San Juan no hubo un habitante que no dijera que todos sabían de una toma. Rubén Martínez fue uno de los que alcanzó a salir antes de que la guerrilla llegara y asesinara a 23 pobladores entre niños y adultos el 23 de abril de 2001 y desapareciera a 8 personas más de quienes hasta la fecha no se sabe nada. Algunos dicen que están enterrados en los alrededores del Alto San Juan en fosas comunes.

La guerrilla había llegado a los caseríos San Juanito, Alto San Juan, La Culebra y zonas aledañas a destruir las 27 casas de palma de la población, a robarse por lo menos 400 animales entre reses, caballos, yeguas y aves y a desplazar a los asustados campesinos en una estampida que se sintió en el centro administrativo de Montería, más específicamente en las oficinas de Orden Público de la Secretaría de Gobierno del Departamento de Córdoba.

La masacre de Alto San Juan fue una de las acciones emprendidas por las Farc para recuperar el control de



esta zona y los corredores de La Caucana, (Antioquia); Tierradentro y Uré, (Montelíbano) y Juan José y La Rica (Puerto Libertador). Como resultado asesinaron, entre otros, a John Jairo Ávila Mercado, Gabriel Bravo Ávila, Gustavo López Giraldo, Fausto Graciano David, Blanca Espinosa David, Elkin Baldriche, Carlos Estrada Sierra, Levis Gutiérrez Góez, José Díaz Torres, Iván Gabriel Peniche, Fredy Sánchez y Luis Benítez Martínez.

Son tantas las víctimas que hay en Valencia, que una valla ubicada a la entrada del municipio, cruzando el ferry o planchón que atraviesa el río Sinú, tiene pintada la leyenda: "Aquí todos somos víctimas".

El aviso del cartel no miente cuando uno recorre las veredas y corregimientos preguntando si las incursiones de guerrilla y paramilitares les han robado la vida de familiares o los han obligado a desplazarse. La imagen de los pobladores encogiéndose de hombros y pronunciando un sí lastimero corrobora que no hay valenciano que no haya sufrido los rigores del conflicto. Los de Guadual han sufrido por siempre.

### **El reencuentro**

El día de la acción humanitaria en Guadual volví a encontrarme con Juan Márquez Peña, a quien reconocí por el diente que no tiene y por su sonrisa amplia e inocente que me regaló al ver de nuevo a la aparecida que se le ocurrió visitar el pueblo hace más de una década, en momentos en que todo mundo se iba. Por su cara creí que me había reconocido de entrada, pero me tocó refrescarle la memoria con la historia del reportero gráfico que me acompañaba y que no dejaba de mirar el reloj y el cielo, en una actitud de absoluta obediencia a las sabias

palabras del conductor del Willys. Luis Benavides quería irse rápido, mientras que yo pretendía demorarme y ganarme la confianza del hombre rural que se aprestaba a desplazarse con sus 10 hijos y una esposa desesperada.

Me contó entonces que después de ese desplazamiento en el 95, producto de los hostigamientos guerrilleros y de los enfrentamientos con hombres de las autodefensas, vinieron otros más que desolaron completamente la región, hasta el punto que borrarón todo vestigio de vida campesina de la zona. Llegaron los armados para quedarse y disputarse a sangre y fuego una región estratégica que comunica con otros puntos importantes, como Batata, en Tierralta, dándole paso a un corredor de movilidad de coca y quién sabe de qué cosas más. De hecho, algunos habitantes de Guadual sucumbieron, producto del desespero, a emplearse como raspachines para amainar la amenaza constante de sus victimarios y el hambre de sus familias. Sin embargo, al final el poder irracional de las armas los asustaba y terminaban huyendo de sus parcelas en las que quedaban los fantasmas de sus vidas.

Se iban, pero tanto era el peso de la desprotección que hizo mella en las humanidades de los desplazados que vivían hacinados en Valencia y Tierralta, que al final optaban por regresar, amparados en la demostración de fuerza del Ejército que una vez más les garantizaba sus vidas, y que pasadas las semanas volvía a irse dejando a la población sola.

La gente de Guadual, la que lleva a ese pueblo en la sangre, volvía a habitar sus viejas casas y a construir muchas otras nuevas que hoy se observan desde el único cerro donde está instalada la más potente antena de celular. Regresaban con la esperanza de jamás irse, y to-

dos lo hubiesen cumplido si no es porque hace dos años tuvieron que volver a salir corriendo despavoridos, ante el rumor de una nueva incursión guerrillera. Uno de sus líderes que se había atrevido a ir en contra de los partes de tranquilidad y control del Ejército, diciéndole de frente al Presidente Álvaro Uribe Vélez que el miedo rondaba a Guadual y sus alrededores, fue asesinado como para que no quedara duda del ambiente enrarecido que sigue golpeando con fuerza la serranía. Algunos no regresaron jamás, decidieron engrosar la cifra de desarraigados que apretujados y hambrientos sobreviven en los cordones de miseria de Montería.

Juancho Márquez sonrío y me sigue relatando que él sí volvió para lo que considera una nueva vida en el nuevo Guadual. Me permitió que lo llamara Juancho, supongo que por volvernos a ver en un sitio donde después de la cruda violencia y del desarraigo pavoroso de sus habitantes, uno jamás esperaría encontrarse con el desplazado que soñó con regresar aunque fuera para vivir en una constante incertidumbre.

“En Guadual no entra bien la señal de televisión. Es más, el único canal que algunas veces se deja ver es Caracol. Pero la verdad es que la gente guardó sus televisores y las noticias nos llegan de boca de quienes van con regularidad a Valencia”. Para la fecha, Juancho no sabía ni siquiera que la candidata por la que él había votado, y que había ganado en las urnas, no se iba a posesionar como gobernadora porque no le entregaron la credencial.

“Bueno, como quien dice, estamos perditos por todos lados, porque mi candidato a la Alcaldía se ahogó y ahora usted me cuenta que la señora esa ganó pero perdió... ¡qué vaina!”

La vida actual en Guadual transcurre entre ir a buscar el agua al riachuelo que pasa por detrás de la Estación de Policía, matar gallinas y cerdos para vender en mesitas de madera dispuestas alrededor de la plaza principal, y ahora buscar cualquier disculpa para pisar el nuevo puesto de salud que parece haberle devuelto las esperanzas a sus moradores. Otros, con más posibilidades, se gastan los 7 mil pesos que cuesta el pasaje a Valencia, o sufren tratando de reunir los 15 mil que necesitan cuando el traslado es apremiante y deben irse en motocicleta. Por lo demás, esperan a que llegue el anunciado Batallón de Alta Montaña que dicen que les prometió el Presidente Álvaro Uribe Vélez, para sentirse menos solos en una población constantemente amenazada por los aires de violencia que corren entre la serranía, con la llegada de los nuevos grupos irregulares: “Los Paisas”, “Los Vencedores del San Jorge” y “Los Héroes de Castaño.”

El día que regresé a Guadual observé que había más gente, más casas; percibí la esperanza y el optimismo de sus habitantes; toqué las caritas sonrientes de niños desdentados que hacían cola para una consulta odontológica, ansiando probar la crema que deja los punticos rojos en la boca; escuché las historias de terror de una violencia enraizada en recuerdos que ni siquiera han podido ser borrados por el tiempo; degusté el café recién hecho por una campesina de 72 años que esconde su mirada entre cabellos blancos y lacios; subí al cerro para acompañar a un joven soldado, oriundo de Apartadó, cuya misión es custodiar una enorme y estratégica región rica y diversa.

En ese momento no pude menos que sobrecogerme, cuando entendí que la “hoya” siempre será presa fácil de quien quiera sembrar el miedo en la zona. Pero

al mismo tiempo quise escuchar, supongo que desde el infinito, la voz de Dios que debe ser la que oyen en las noches los habitantes de Guadual, desplazados eternos, cuando cierran sus ojos ansiando despertar en medio de un mejor mañana.

## Desentierran las verdades en Tierradentro

La fuerte brisa que refrescaba el ambiente en la plaza central de Tierradentro, el 3 de febrero de 2007, día del Consejo Comunal con el Presidente Álvaro Uribe Vélez, dejaba a su paso un olor a muerte que pocos percibían.

A un kilómetro de la plaza, en el cementerio, los esqueletos de los que fueron doce pobladores de la zona se exhibían, algunos aún en los ataúdes raídos por el tiempo, otros en bolsas rojas identificadas con una hoja que reseñaba el nombre y el año en que fueron asesinados.

El humilde cementerio, como detenido en el tiempo, parecía un eterno velorio por la cantidad de personas que se abarrotaron en los alrededores. Esta vez no había lágrimas, pero sí miradas perdidas ocultas por pañuelos amarillentos que cubrían gran parte de los rostros de pobladores sufridos.

Llegaron cinco, diez, veinte, cincuenta, muchos habitantes de una región desolada que cambiaron la cita con el presidente Álvaro Uribe Vélez para reunirse con un fiscal de la Unidad de Justicia y Paz, a desatracar las palabras que tenían guardadas desde hacía más de una década, y a desenterrar a sus muertos.

Eusebio Arsenio Hoyos Pineda, inspector de Tierradentro a finales de los 90, recuerda que le tocó sepultar, por lo menos, a unas 40 personas. "Todas eran víctimas de la violencia, y eso mantenía atemorizada a la población. Hubo un caso de un muchacho que mataron en la plaza delante de los niños que estaban en el colegio y salían al recreo en ese momento. A él lo sacaron de una casa vecina y le dieron varios tiros en la cabeza".

En los cuarenta años que ha vivido en Tierradentro, de los 63 que tiene el inspector más recordado de la zona, no ha podido ver otra cosa que sangre, muertos y lágrimas. "Los ayudé a enterrar y ahora me toca ver las exhumaciones para corroborar que es tal muchacho que encontraron muerto en tal parte".

Su versión la confirma Antoliano Antonio González Araújo, a quien las Autodefensas le mataron un hermano. "El asunto es que no podíamos denunciar porque nos sentíamos muy humillados por los paramilitares. Nosotros no podíamos hacer nada, con cualquier cosita por ahí nos sacaban también. A mi hermano lo mataron por mala información. El 16 de mayo de 1999 le metieron un tiro. Yo tuve que huir. Duré tres años huyendo, con los hijitos andando para arriba y para abajo, pasando malos ratos por ahí".

Sentado sobre una de las tumbas, con las manos enrojecidas tras las labores de excavación en el sitio don-

de están los restos de su hermano, Antoliano deja ver su sufrimiento cuando recuerda que las Autodefensas le prohibieron buscar el cuerpo y darle cristiana sepultura. "Él dejó cinco niños y yo no los iba a abandonar en el monte, por lo menos hice lo que pude y lo enterré para que sus muchachos tuvieran dónde llevarle una flor a su papá".

Los campesinos de Tierradentro, corregimiento distante tres horas por tierra de Montería, madrugaron ese sábado para ir al cementerio que desde la loma es vigilado por los hombres de la Estación de Policía, atacada cruelmente por la guerrilla el 1º de noviembre de 2006.

Ellos no tuvieron que hacer cola ni inscribirse con antelación ante los fiscales para denunciar que las Autodefensas habían matado a sus hermanos, padres, hijos, primos, tíos o simplemente amigos. Eso les significó un alivio.

No se interesaron por el Consejo Comunal en el que debían dar nombre y cédula si querían entrar, sencillamente porque las promesas de inversión social del Gobierno Nacional comienzan a fastidiarles el oído, así como los discursos de liberación y adiós a la opresión que les han dicho "El Manteco" y demás guerrilleros que, de cuando en cuando, bajan al pueblo en busca de provisiones.

"Hace quince días 'El Manteco' mandó regar que él triplica lo que Uribe nos venga a dar", precisó en voz baja y con el rostro cubierto por una gorra un habitante de Tierradentro con acento paisa, quien más tarde reveló ser desplazado de Tarazá.

Contrario a los pronósticos de una asistencia masiva al Consejo Comunal, los habitantes de Tierradentro pre-

firieron ver lo que había quedado de sus familiares, un montón de huesos con orificios de bala, casi todos en la cabeza.

La comisión integrada por personal del Cuerpo Técnico de Investigación de la Fiscalía (CTI) de Montería y Medellín, del Departamento Administrativo de Seguridad (DAS) y de la Policía Judicial, montó el campamento en el cementerio y bajo los preceptos de la Ley de Justicia y Paz invitó a los habitantes a denunciar el secreto que los había atormentado por años.

Juan Carlos Benavides, antropólogo forense del CTI de Medellín, refirió que "después de la exhumación viene el proceso de identificación genética, para terminar con un feliz resultado para esta gente. Los restos los llevamos a Medellín, allá pasan al laboratorio y luego de un tiempo daremos a conocer los resultados. Nosotros estamos trabajando en esta parte del cementerio, pero alrededor puede haber más restos. Por eso es importante que la gente denuncie y nos diga dónde están sus familiares para nosotros ir a hacer trabajos no solo en el cementerio, sino en fosas comunes que están allí".

Por lo menos amigos y familiares de cuarenta de esos hijos de Tierradentro están dispuestos a dejar descansar el alma. Muchos otros tendrán que someterse a otro vía crucis por las montañas de los alrededores, hasta encontrar las fosas comunes en que están enterrados más de cien pobladores que fueron ajusticiados por las Autodefensas, sindicatos de pertenecer, simpatizar o hacerle favores a la guerrilla, la cual en ese entonces se tomó el sur de Córdoba para sembrar el terror.

Mientras ellos desenterraban lo que es su verdad y respondían a las preguntas de los investigadores, otros de sus paisanos llegaban a regañadientes al Consejo

Comunal, más por la novedad de ver en carne y hueso al Presidente Uribe Vélez que por creer en su discurso y en sus ejecutorias.

El Consejo no parecía lo que muchos están acostumbrados a ver en televisión. Muy poca gente se resguardaba debajo de la "polisombra" huyéndole al inclemente sol.

El sitio del encuentro fue ubicado al lado de la iglesia y de la casa cural, como buscando la protección del Santísimo. Pocos aplausos y pocas voces de Tierradentro se escucharon. Algunos valientes hablaron en contra de la guerrilla, el vecino que los acecha, y otros, en medio de la pobreza y de la falta de oportunidades, defendieron a los "señores" narcos que les compran los pequeños cultivos de coca que hacen mover la economía del pueblo como en Putumayo, San Vicente del Caguán o Tierralta.

De hecho, la calle comercial y activa de Tierradentro vivía su propia fiesta de cerveza, música y mujeres, mientras el Presidente hablaba de la construcción del puente sobre el San Jorge, de los proyectos de desayunos escolares, del programa para mejorar la calidad educativa, de los acueductos y de los proyectos productivos.

No se puede desconocer que sí hubo pobladores que respaldaron al Presidente, que lo aplaudieron y que pidieron que no los abandone, que le sugirieron seguir con el apoyo a los cultivos de caucho para sustituir la coca. Fueron pocas esas voces, pero tuvieron que pelearse un espacio con habitantes de toda la región, en lo que por largos ratos hizo parecer que el Consejo Comunal era de los problemas de Córdoba y no de Tierradentro.

En los ojos de quienes observaban al Presidente, a sus ministros y su despliegue de seguridad, había in-

credulidad mezclada con admiración. En los de los otros hijos de Tierradentro que libraban una batalla contra el dolor en el cementerio, se percibía expectativa y descanso. Algo en común en ambos grupos: el aire de desesperanza e incertidumbre.

“Ya hoy me siento un poco acompañado, con más confianza, pero no sabemos si nos llegará a suceder otra cosa. Oímos decir que de pronto están por ahí otra vez. Ya se suena que sí están. Esperamos a ver qué piensa hacer el Gobierno contra ellos para ver si estamos seguros o nos toca dejar las tierras nuevamente”, relata Antoliano refiriéndose a que otro grupo de paramilitares con otro nombre ronda Tierradentro y que se está disputando el mando con la guerrilla.

Las exhumaciones y el Consejo Comunal, al final de cuentas, perseguían lo mismo: desenterrar la verdad de la violencia en ese apartado corregimiento, que junto con Juan José fueron cuna de la guerrilla del EPL, para cambiar el discurso por oportunidades y desarrollo.

Miriam Pacheco Díaz lo entendió cuando después de indicarle a los especialistas dónde estaba el cuerpo de su marido, caminó decidida hacia la plaza bajo un sol canicular de 40 grados centígrados. Con el alma sobreco-gida fue hasta donde el Presidente Uribe y se valió de un papelito en el que le escribió: “Hoy me atrevo a denunciar porque mucha gente me ha dicho que eso es bueno. Yo no quería volver a recordar cómo mataron a mi esposo, pero esta vez es diferente porque se lo estamos diciendo a las autoridades. Teníamos miedo, hemos vivido asustados toda la vida y no queremos que eso siga pasando”.

## El inspector

Jamás pensó que la vida lo volvería a enfrentar a un momento tan doloroso. Creyó que a los 63 años lo más duro ya había pasado: tener que enterrar a por lo menos 40 pobladores de Tierradentro, víctimas de las Autodefensas. Todos, sin excepción, asesinados en los años 2001 y 2002 por un grupo que ni siquiera les permitió a los habitantes de este corregimiento llorar a sus muertos.

Sin embargo, el destino le jugó una mala pasada. A Eusebio Arsenio Hoyos Pineda, ex inspector de este corregimiento anclado en el suroriente del departamento de Córdoba, municipio de Montelíbano, ahora le correspondía ayudar al desentierro de los cuerpos de esos hombres que fueron juzgados por el tribunal de la muerte, sin derecho a defensa alguna.

La exhumación de los cuerpos, labor asumida por la Fiscalía y la Policía Judicial, tiene la difícil tarea de

dar con la cifra exacta de los habitantes de Tierradentro asesinados por los paramilitares, con el único objetivo de que sus familiares, casi dos décadas después de cometidos los crímenes, tengan derecho a una reparación que no borrará el dolor de sus almas, pero que los liberará de una verdad aterradora, silenciada a la fuerza.

Fue por el año 2001 cuando asumió el cargo de inspector, ante la mirada incrédula de unos habitantes que no se equivocaron cuando presagiaron que ese sería el trabajo que lo marcaría para toda la vida. Los rostros de esos 40 pobladores que murieron a manos de las Autodefensas todavía permanecen en su cabeza y lo despiertan a la medianoche en una pesadilla constante "que me atormenta el alma", relata Eusebio.

"Cada vez que había un muerto, recuerda, se me espelucaba el cuerpo porque mi función era recogerlo. Esos hombres llegaban a la casa, pateaban la puerta y me decían: "Vaya y recoja un muñeco que está en tal parte", y así lo hacía. La ley eran los 'paras', por eso no se podía denunciar".

El doloroso pasado de Eusebio se resume en el de un inspector al que le tocó serlo porque el destino lo llevó a ello. Día de por medio enterraba, en el más absoluto silencio, a las víctimas de la violencia que asesinaban los "paracos". Los hombres que encarnaban la ley que se impartía a sangre y fuego le daban la orden y él, sin rechistar y sin permitir que los familiares lloraran ni pusieran el nombre sobre las tumbas, los enterraba. No había misas, no había nueve noches. Estaban prohibidos los recuerdos y hasta la conmemoración del Día de los Difuntos.

En Tierradentro reinaba la cultura del terror. El silencio se esparcía por las casas como la brisa que baja del

Nudo de Paramillo, y se quedaba a vivir en los pensamientos de todos sus habitantes, a quienes no les quedó otro camino que convivir con un régimen que se hizo llamar "paraestado" y que había llegado a la región a limpiarla de la guerrilla. La idea de combatir a los malos dio un giro cuando las extensas hectáreas de coca comenzaron a arrojar jugosos dividendos. La pelea entonces no era por suplir al Estado legalmente constituido, la disputa era por los terrenos sembrados con la planta maldita que hace poderosos a quienes pueden convertir las hojas de coca en billetes verdes.

Cuenta Eusebio Arsenio que era la época de "Los Mochacabezas", de los asesinatos en el centro de la plaza y a la vista de todos, como ejemplo de que la letra con sangre entra. Jóvenes entre los 17 y 25 años a quienes echaban a correr al monte, para terminar siendo cazados por las balas de los justicieros que llegaron al pueblo a imponer el "orden".

El anciano no se guarda palabras cuando abre su boca: "La situación en esa época era muy dura. Pasaban matando. Eso era todos los días. A la gente la mataban y no sabíamos por qué. Mataban al que llegaba nuevo, al que desconocían, al que cualquier persona denunciaba como informante de la guerrilla, al que se robaba una gallina o se emborrachaba y le pegaba a su mujer. Ni siquiera le hacían una investigación. Iban, lo cogían y lo mataban".

Eusebio habla sin parar como queriendo liberarse de secretos macabros que maltratan su conciencia y que jamás aparecieron en los boletines de la Policía, porque la autoridad estaba dominada por los paramilitares. "Ellos, las Autodefensas, actuaban y uno tenía que callarse si quería vivir", relata Eusebio con rabia y desazón.

Uno de los episodios más dramáticos que vivió el inspector "aconteció una mañana cuando los muchachos iban entrando al colegio y a uno lo mataron en plena plaza, ante la vista de una multitud entre la que había profesores y estudiantes. Hubo niños que se orinaron en los pantalones cuando vieron eso". Eusebio cuenta que al joven lo sacaron de una casa vecina a la fuerza y lo llevaron a empellones para el monte, sindicado de ser informante de la guerrilla. "El muchacho, en un desesperado intento por hacerse escuchar, reveló su desespero y miedo gritando que no era cierto. Tres veces dijo que no iba a bajar el cerro que al final conducía a la quebrada que abastece de agua a los pobladores de Tierradentro. Entonces le dieron tres tiros por la espalda".

"Las Autodefensas cuando bajaban a la población no decían nada diferente a 'venga, usted'. La gente respondía: 'pero yo qué he hecho', 'camine con nosotros, decían ellos'. Lo echaban adelante y cuando se sentía era pa, pa, pa". Un cuento carente de metáforas que lo hiciera menos crudo, pero cargado de la misma violencia sistemática que marcó a Córdoba. Así era el ambiente en el Alto San Jorge en la década de los 90.

En los 40 años que ha vivido en Tierradentro, el inspector más recordado de la zona no ha podido ver otra cosa que sangre, muerte y lágrimas. La carga de dolor la refleja en unos ojos claros y tristes que casi se confunden con la piel blanca y los cientos de canas dueñas de una experiencia que hoy no quisiera tener.

Justamente por esa experiencia de vida ligada a la violencia que carcome a Tierradentro, fue que se atrevió a romper su mutismo y a contarle a la Comisión de Fiscales dónde están enterrados muchos de los pobladores ajusticiados por las Autodefensas. Los investigadores

comenzaron por el cementerio hasta donde ha llegado un sinnúmero de pobladores a señalar las tumbas en las que estaban las víctimas de los "paras". Se atrevieron a denunciar que alrededor del humilde camposanto, corroído por el olvido, hay más restos. Incluso en los montes cercanos hay fosas comunes que en tantos años de silencio nadie se atrevió a excavar para rescatar lo que quedó de sus seres queridos.

Está convencido de que esas verdades que hoy se desentierren pueden ayudar a frenar un fenómeno violento que se ha enquistado de manera cíclica e histórica en la población. La guerrilla de las Farc, comandada por "El Manteco", y las nuevas bandas emergentes siguen amenazando con volver a tomarse Tierradentro. El primero de noviembre de 2006 más de 200 guerrilleros sembraron el pánico en el pueblo entre las 3:00 de la madrugada y las 9:00 de la mañana, mataron a 17 policías y a 2 civiles y anunciaron que volverían cada vez que fuese necesario. Desde finales del año 2005, un año después de la desmovilización de los bloques de Autodefensas que mandaban en esta zona, nuevos paramilitares rondan los alrededores de Tierradentro, ahora bajo el nombre de Vencedores del San Jorge. Los emisarios de guerrilla y bandas emergentes bajan desde distintas partes de las montañas a comprar víveres y gasolina, a tomar licor y a buscar mujeres, dándole paso a una economía emergente ligada única y exclusivamente al negocio de la droga.

Por eso la mirada perdida y solitaria del que fuera el inspector de Tierradentro luce desconcertada e insegura cuando, pisando justo el sitio donde enterró a algunas de las tantas víctimas de los paramilitares, no está seguro de la tranquilidad de sus cuatro hijos, de su sobrino que ayudó a criar y de sus nietos que le alegran la vida, y le ayudan a borrar de la mente los horrores de la guerra.



El destino se ha encargado de enseñarle a este hombre que más que verdad y reparación, más que romper las cadenas del silencio y atreverse a hablar de lo que estaba prohibido, se requiere un Estado activo y presente de día y de noche en una región que sigue a merced de la violencia, en una tierra que huele a muerte.

## Las viudas

“Si la tierra llorara ya habría expulsado a sus muertos en cada una de sus lágrimas”. La frase me la dijo una mujer enjuta, quien como una aparición arrastraba sus piernas cansadas por el camino que comunica a “Las Viudas”, una zona en donde la constante es el duelo permanente por los que mataron.

Pese al luto que embarga las almas de sus habitantes, las mujeres de este lugar no se rinden. Cargando tanques de agua en sus burros, arando la tierra, recogiendo las hortalizas, cocinando el sancocho en los fogones de leña y remendando las ropas de sus huérfanos, las viudas de la extensa región del corregimiento Las Palomas de Montería, margen izquierda del río Sinú, se sienten dueñas absolutas de un destino que por más doloroso que haya sido, no las ha hecho desfallecer.

“Las Viudas” es un conjunto de caseríos distante unos 25 kilómetros del corregimiento de Las Palomas.

Un sitio que es llamado así porque la mayoría de sus habitantes perdieron a sus maridos en el conflicto, y aunque han procurado ponerle otros nombres más positivos, como Nuevo Horizonte y Valle Encantado, todos en la región conocen el punto como "Las Viudas".

De allí es María Zabala, la Mujer Cafam que en 2003 le contó a Colombia cómo los hombres de la guerra hace 16 años le asesinaron a su esposo, a su hijo y a otros dos familiares en la vereda de San Rafaelito. Quedó sola en el mundo con sus seis vástagos. Perdió la tranquilidad y sus pocas pertenencias. Se quedó sin techo y sin la oportunidad de que sus hijos siguieran asistiendo a la escuela. Sin embargo, de la nada sacó las fuerzas para luchar por un pedazo de tierra para ella y para las otras viudas. Sin pretenderlo, María se volvió líder de una comunidad que comenzó a cambiar los vestidos negros por los de colores blanco paz y verde esperanza. De eso ya han pasado muchos años y se puede decir que lo han logrado. Sin embargo, en la intimidad de los pensamientos de estas mujeres aflora el miedo porque el terror vuelva con otro nombre, como históricamente ha sucedido en una región azotada por todos los actores imaginables de la guerra en Colombia.

La señora del camino cuya única compañía era una mula en la que transportaba leña y dos tanques de agua, me contó que una a una las mujeres de "Las Viudas" fueron llegando con una violencia imborrable a cuestras. Venían de San Juan de Urabá, Necoclí, Apartadó (Antioquia); Guadual, Mieles Arriba, Mieles Abajo, Alto San Juan, San Rafael (Valencia, Córdoba); Saiza y Batata (Tierralta, Córdoba) y de otro montón de pueblos de estos dos departamentos, cuna de las Convivir, que posteriormente dieron origen a la incontrolable plaga del paramilitarismo.

Al percatarse de que había decidido caminar a su lado y dejar al amigo que me acompañó detrás de nosotras, me sonrió, me dijo que a leguas se me notaba que no llegaría muy lejos, porque el camino a 'Las Viudas' era tan largo y culebrero como tantas las historias de dolor que habían sucedido en toda esa zona. Pero le seguí el paso y escuché atenta su relato, a ratos cargado de desilusión y en otros apartes de esperanza.

Antonia Suárez camina pausadamente. "Ya no vale la pena correr en la vida porque ella se encarga de ponerte freno".

Supongo que se refería a las muertes de su esposo y sus tres cuñados. No terminaba de llorar a uno cuando el sonido atronador de los fusiles le informaba que había caído otro más de la familia. Desde entonces optó por conservar un luto eterno que se refleja en sus ojos y en su cabello recogido, protegido por una pañoleta gris oscuro. "Ya no recuerdo realmente cuántas veces salí corriendo de aquí para allá. Al final me terminé dando cuenta de que esos señores estaban en todos lados matando igual que como lo hicieron en el Alto San Juan, de donde salí por primera vez".

A merced de las secuelas que dejan las masacres, de los picadillos de cuerpos que le atormentaban los sueños y de los pedazos de brazos y piernas bajando por un Sinú silencioso, Antonia se levantó como las otras mujeres que decidieron quedarse en Las Palomas a esperar una nueva oportunidad. Las viudas, las que reflejan en su rostro una esperanza tímida, se quedaron en la tierra sabiendo que seguían en el mismo círculo del terror. Con el credo en la boca se atrincheraron con sus miedos en la región y comenzaron a dar la pelea al tener que convivir con los victimarios, a

quienes veían casi a diario pasando revista para que nadie se orillara a la “izquierda”, principalmente los jóvenes.

Entonces las viudas hicieron un pacto silencioso con Dios. A él le encomendaron las vidas de sus hijos y las de ellas a cambio de sacar el “perrenque” para luchar del lado de la verdad. Ya no se trataba de cambiar una tierra de sangre por otra, ahora el tema era proteger a los hijos para que no escogieran el camino del mal uniéndose a una causa ajena.

El conflicto situó a estas víctimas en un escenario en el que los verdugos se convirtieron, a la fuerza, en sus protectores, y lo peor, pretendían, también a la fuerza, ser los maestros de sus hijos. Algunos de los muchachos se unieron a la causa libremente, otros fueron llevados a la fuerza a la escuela Acuarela de las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá (Accu), un lugar escondido en la Serranía de Abibe, muy cerca del corregimiento de Popayán, jurisdicción de Canalete, también en la margen izquierda del Sinú.

Las veladoras a San Jerónimo convirtieron a “Las Viudas” en un pesebre iluminado durante muchas noches. Las oraciones ya no eran por las almas de los difuntos, sino por las de los hijos que se vistieron de camuflado y salieron a defender a sus nuevos patrones.

“Nos carcomieron el cerebro con el cuento de que habíamos sido desplazados por la guerrilla”, dice la mujer, segura de que su pobreza no alentó a guerrillero alguno a sacarla de la tierra de la que sí tuvo que irse cuando los paramilitares llegaron a hacer valer los derechos de poderosos a los que defendieron del boleteo y la extorsión del EPL.

Así como Antonia tuvo que desplazarse, lo hizo Carmen Alcalá Ramos, quien llegó a la región después de que mataron a su hijo Wilner Miguel Tapias Alcalá en 2003 cuando el muchacho tenía 22 años de edad. En ese entonces vivía en Botella de Oro, vereda de San Pedro, y su historia es igual a la de cientos de víctimas de este país. Unos hombres se lo llevaron delante de su esposa y lo mataron. “Nunca nos dijeron por qué y yo tampoco me quedé para preguntar. Cogí los ‘chiros’, me traje a su mujer y a su hijita de 4 años y llegamos a estas tierras”.

Las lágrimas interrumpieron su relato y ella las enjuagó con su vestido de flores moradas y grises que le cubría el cuello y le bajaba casi hasta los talones.

Denis Quintero Méndez, quien organizó una asociación de mujeres que ha sacado adelante un grupo llamado “Unamos nuestras fuerzas”, el cual recibe apoyo de organizaciones sin ánimo de lucro como Tierra de Suizos y la Corporación María Cano, cuenta que Carmen jamás ha superado su duelo. Y es verdad. Cada palabra que logra sacar de adentro viene bañada en lágrimas. Por más años que han pasado, esta menuda mujer que cubre sus pocas carnes con un luto excesivo, dice que lo guarda por todo lo que ha vivido: la muerte de su hijo, la tranquilidad que se le escapó de la vida, la tierra que ya no tiene, la miseria que la rodea y el futuro incierto que todavía le espera.

Las viudas, en medio de la tragedia, han encontrado en varias Organizaciones No Gubernamentales las manos amigas y los hombros para sostenerse, aun cuando eso a veces haya sido malinterpretado por quienes en alguna oportunidad tocaron la puerta de la casa de Denis y le dijeron: “Si está torcida la enderezamos”. Sin duda, trabajar con población vulnerable y hacerle creer el cuen-

to de salir adelante siempre termina siendo mal visto por aquellos que no gustan de los derechos humanos.

Antonia, la viuda del camino, llegó hasta la puerta de una casita agradable, pintada con flores de colores y techo de palma. Amarró la mula al horcón de una enramada y llamó a Efrén para que le ayudara a descargar los tanques y la leña. El diligente muchacho, al verme, salió corriendo a ponerse una camiseta. Cumplió las órdenes de su madre y volvió al comedor a leer un libro viejo sobre historia de Colombia. Casi encima de su cabeza, sobre la pared, estaba el retrato del difunto hecho víctima silenciosa de una guerra sin cuartel, custodiado en una esquina por la estampita de San Jerónimo.

El hijo de Antonia, de 16 años, cursa 9º en una escuela a la que llega después de 45 minutos de andar a lomo de mula. Cree, a pesar del olvido, de los "paras", de las fosas comunes, del carro "La última lágrima" que con solo entrar a las poblaciones llevaba implícito el mensaje de la muerte, y de todo lo que huele a violencia, que las viudas han logrado levantarse "sin mucha bulla", me dijo en voz baja mientras su madre nos preparaba un café.

Le sonreí. Vi el reloj, eran las 11:00 de la mañana y habíamos caminado y conversado casi durante dos horas. Tenía razón, el camino había sido largo, pero no lo suficiente para contarme todas las historias de las mujeres que desde una ventana vi caminar por el pueblo abrazando con sus polleras a quienes supuse eran sus nietos.

Sin que hasta ahora nadie lo supiera, las viudas han demostrado que sí le ganaron la batalla a la violencia por el hecho de vivir en la tierra que se tragó a sus difuntos, porque le apostaron a la vida más allá del dolor y la muerte.

## Cristo Romero

Efrén Fernando Oviedo, un hombre de 69 años de edad a quien la violencia de las Autodefensas le arrebató un hermano y un cuñado, y le quitó las tierras de su padre, frunció el ceño cuando le pregunté por Cristo Romero.

La cara de la administradora de la tienda del case-río de La Puente, jurisdicción del corregimiento de Las Palomas, ubicado en la margen izquierda del río Sinú, lo dijo todo cuando evitó siquiera hacer un comentario sobre el desgastado hombre de 91 años a quien encontré más tarde sentado en un taburete. El abuelo no parecía el responsable de haber permitido reuniones de sujetos extraños en La Puente, como me lo habían asegurado quienes lo conocieron.

Nadie quiso concretar algo más sobre el persona-je, pero sí sobre lo que había pasado en el case-río que hace parte de la zona de Las Viudas, en donde un voraz

incendio y las desapariciones forzadas y muertes selectivas obligaron a desplazarse a más de 150 familias en la década de los 90. Muchas de ellas hoy viven hacinadas en Las Palomas y en Montería.

“Si la quebrada La Puente hablara, le juro que vomitaría los nombres de todos los que llevaron hasta sus orillas y acribillaron allí”. Esta verdad de Efrén Oviedo la corroboran los pobladores del caserío que parece un pueblo fantasma. Cuando me lo dijo, tuve la sensación de que en este lugar el viento parece asustarse de su propio susurro.

El que no tiene miedo es Cristo Romero, un hombre al que le asoman las canas en la nariz y en las orejas. Cuando me acerqué y lo saludé, me sentí en frente de uno de los personajes míticos de los cuentos de mi pequeño hijo de 4 años de edad. Tiene cara de ogro, pero voz de anciano dulce. Tiene manos ásperas y piel desgastada, pero modales cordiales y humildes. Su mirada, a pesar de los años, es fija e intimidante, pero con esos ojos también transmite serenidad y calma.

En un viejo taburete de cuero se apresta para contarme toda la violencia de una región, comenzando por la que tuvo origen político en 1950. Su objetivo era convencerme de lo que sucedió y del temor que todavía se respira en La Puente. “Aquí siempre ha habido violencia, niña”, me dijo.

Tiene una memoria prodigiosa. Recuerda muy bien las críticas de algunos de sus vecinos que jamás entendieron por qué la finca que administraba era visitada por unos y por otros, por guerrilleros y después por “paracos”. “Los dueños tenían plata y a todos los que llegaban había que darles. Los unos, si uno no daba nada, mataban

las reses, y los otros, cuando arribaron, amenazaron con matarnos a todos”. En esa época la región estaba sitiada: la guerrilla pasaba de día y los “paras” de noche.

—¡Qué más da! —concluí.

Cristo tiene la certeza de que fueron muchos los muertos en la región. “En Guasimal, pasando por Broquelito, Pereira, Matamoros, Los Llantos, Villavicencio, Nuevo Horizonte, El Limón y El Cucharó, los muertos eran cosa de todos los días. Incluso, a mí me mataron a un hijo y dos sobrinos, y todavía dicen que fui yo el que traje a la gente rara a la región”, me increpa.

A su hijo Francisco Romero Lugo, a Pablo Padilla Romero y a Sergio Estrada los obligaron a cavar la fosa antes de darles el tiro de gracia. Eloy Estrada, el cuarto testigo que iba en el grupo directo a convertirse en carne para los gusanos, se voló antes de que le dispararan y vivió cinco años más hasta que llegaron a buscarlo a cobrarle la vieja deuda. Cristo no quisiera creer que fue el muchacho el que delató a los demás de supuestamente ser guerrilleros, y por eso le salvaron la vida por un buen tiempo. “Lo de su muerte después... qué voy a saber yo”. Lo que sí supo es que le quedaron siete nietos que levantar y lo hizo hasta que la nuera decidió irse para no volver jamás a la región que le arrebató la alegría y las ganas de vivir.

Los restos del hijo de Cristo y de las otras dos víctimas fueron hallados años más tarde en El Cucharó. Los esqueletos los encontraron en una fosa común apilados, amarrados de manos y acurrucados como en posición fetal.

Cristo reconoció a su hijo por lo que quedaba de la camisa y las abarcas que justo el día de la desaparición

llevaba puestas. “Lo recuerdo tanto porque eran nuevas, se las había regalado una señora de por aquí el día de su cumpleaños y él las lucía orgulloso. La cédula se la habían quitado”.

Con el alma vuelta añicos por la pérdida del muchacho y por lo que le habían hecho sentir quienes todavía creen que se lo merecía, le dio cristiana sepultura y dejó que su esposa, Otilia Ramírez Reyes, lo llorara durante nueve noches. El décimo día, en una determinación incontrovertible, le pidió a ella y a sus hijos que no se volviera a hablar del asunto con nadie. “Que Dios lo lleve al cielo y lo deje caer de allá”, lanzó la frase dirigiendo su voz a La Puente, como para que las treinta familias que permanecen allí lo escucharan.

No mencionar los hechos de violencia en la vasta región por donde anduvieron como “Pedro por su casa” “Los Mochacabezas”, “Los Tangueros” y los guerrilleros del EPL, es prácticamente imposible. Y lo es más cuando una de las paredes de bahareque de la casa de Cristo está tapizada con las primeras páginas del diario *EL MÉRIDIANO* de Córdoba, en las que se destacan las notas judiciales de finales de los 90, cuando los muertos eran el pan de cada día.

Alfredo Guerrero Suárez, líder comunal de Las Palomas, vive de lo que le produce la arena que logra sacar del río Sinú. A sus 47 años de edad perdió la cuenta de las veces que vio a periodistas llegar al pueblo a tomar fotos de los cadáveres que bajaban por el Sinú. “Eso era todos los días”. La realidad, impactante y reiterativa, obligó muchas veces a los trabajadores del río y a las autoridades a empujar los cuerpos cuando se atascaban en las enramadas de las orillas, para que aguas abajo los fiscales hicieran el levantamiento.

“Llegó un momento en que nosotros no queríamos seguir sacando muertos”, me dijo. Sin embargo, todo lo que bajaba por el Sinú le recordaba por qué el río se había convertido en el cementerio más grande de Córdoba.

“Una vez vi bajar una mano y la jalé con una rama. Era blanca, casi verdosa, delgada, con uñas pintadas”, concluyó. La imagen espectral lo mantuvo despierto varias noches. El horror de la violencia en los pueblos ubicados río arriba a donde ni siquiera se podía ir a visitar a los familiares se había ensañado con la población, por eso las riberas del Sinú en Las Palomas se convirtió en albergue de más de 200 familias desplazadas que levantaron sus casas sin la ayuda de nadie. En el barrio La Playa de Las Palomas todos sus habitantes son testigos anónimos de la violencia paramilitar.

Esa violencia, por años, obligó a toda la población de los alrededores a acostarse a las 6:00 de la tarde y acabó con la vieja práctica de cazar torcaza –palomas pequeñas–, que le dieron el nombre al corregimiento. “Nadie se atrevía a salir. El diablo estaba suelto”, dijo Alfredo Guerrero, quien le quiso poner tono de terror a una historia que, por el número de muertos y la violencia descomunal, no lo necesitaba.

Cristo Romero se quedó prácticamente solo en La Puente, vive con su esposa, una anciana que a duras penas recuerda cómo se llama, y con un hijo que le pasa el bastón cuando quiere levantarse del taburete. Con casi un siglo de vida asegura que lo ha visto todo, los cuerpos sin cabeza, el río atestado de cadáveres, la tierra abonada con sangre y los cientos de desplazados desarrapados rompiendo monte, abandonando, más que sus pertenencias, sus vidas.

Desde la ventana de una casa de material que le regaló el Gobierno, se ha resistido a irse de la tierra que lo vio nacer y donde está seguro que morirá. Cristo tiene el perfil de la víctima tolerante, resignada, aquella que ha soportado cien años de violencia y que está dispuesta a soportar todos los que hagan falta.

Víctor Negrete, historiador, me había dicho en alguna oportunidad que el cordobés definitivamente era un hombre resistente. En Cristo pude ver eso y más. Las palabras del anciano nonagenario rememoraron todo el tiempo la tragedia que se quedó a vivir en su alma.

En un intento por acompañarme a la puerta, Cristo se levantó del taburete con la ayuda de su hijo. Creo que sus huesos delgados se van a desbaratar, pero él insiste en guiarme al camino que deja en el olvido a La Puente. Con la mano derecha sostiene fuertemente el bastón y con la izquierda se arregla una camisa vieja, raída por los años, y un cinturón de pita.

Camina lentamente, como contando sus pasos. No levanta la mirada de la tierra. Sus pies protegidos por las tradicionales tres puntá lo conducen hasta la puerta del vehículo. "¿No tiene algo para la liga?", susurra sin siquiera levantar la cabeza. Le estiro la mano con un billete y me regala una bendición.

Al subirme al carro, por el retrovisor vi la figura del abuelo solitario y triste, vi el rostro perdido del dolor, lo vi inmerso en una tierra olvidada a la que llegaron los "paras" y años después la autoridad legalmente constituida. Vi a Cristo levantar su mano derecha y dejar caer su bastón hasta que la imagen se me perdió por completo. De repente la reemplazaron unas cuantas torcazas que sobrevivieron a la cacería en Las Palomas, como igual sobreviven quienes se levantaron en medio de la violencia.

## República del olvido

Tres cosas recuerdan que Santa Fe Ralito y sus alrededores fue Zona de Ubicación para las negociaciones de paz Gobierno-Autodefensas: los hijos del proceso, el temor constante de los habitantes porque la guerrilla, dicen, la tienen durmiendo a cinco horas de camino y los corridos prohibidos invocando a los "paracos", que se escuchan en las pocas cantinas que sobreviven en las poblaciones. Por lo demás, estos poblados de la zona rural de Tierralta, municipio ubicado al sur del departamento de Córdoba, lucen igual o peor que otros. El abandono se apoderó de ellos, el olvido por parte del Estado es el único compañero fiel y el conformismo de sus habitantes, vestido de desesperanza, no permite siquiera levantar la voz para recordar algunos de los compromisos que ni el Presidente de la República ni el Comisionado de Paz ni el Gobernador ni el Alcalde de la localidad cumplieron.



## Los hijos del proceso

Clara María, quien reside en Viviano, una vereda ubicada cerca de Ralito, observa correr a su pequeño Andrés, que dentro de dos meses cumplirá 2 años de edad, con la mirada de una madre desconsolada.

El niño le recuerda el amor y la burla, la alegría y el dolor que vivió al lado de uno de los tantos desmovilizados que el 1º de julio de 2004 entregó su arma en Ralito y se dispuso a gozar de la civilidad recién estrenada. Su reincorporación a la sociedad le llegó cargada de capacitaciones y orientaciones que poco le sirvieron a la hora de satisfacer sus deseos sexuales.

Clara María, de 16 años, ingenua, cayó en la trampa de un amor que ella decidió ver como una buena oportunidad para salir del pueblo. Lo único que le quedó fue un hijo. Su compañero temporal salió un día a buscar la ayuda humanitaria de 458 mil pesos que le otorgó el Gobierno Nacional por dos años, y jamás volvió.

Ella decidió creer lo que le dijeron, que el joven de 22 años se había enrolado con los nuevos grupos que delinquen en el Alto Sinú, algo que se ha vuelto común en Córdoba y en otras regiones del país, tema incómodo para el Gobierno y la fuerza pública. El tema ni siquiera es mencionado en su humilde vivienda. A su madre evidentemente le molesta tener que enfrentar la triste realidad de que por el embarazo, a tan temprana edad, la hija tuvo que abandonar los estudios de décimo grado que realizaba en un colegio de la localidad.

La muchacha y 50 jovencitas más, fueron asistidas y censadas por el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (Icbf), y atendidas en el puesto de salud de El Caramelo y en el hospital municipal San José de Tierralta, a

donde acudieron para dar a luz a quienes hoy son llamados con desdén: los hijos del proceso.

Una de las enfermeras del que fuera el Centro de Atención Médica de Urgencias (Camu) de El Caramelo, y que terminó convertido en un puesto de salud más porque al irse los 'paras' se desmantelaron los costosos equipos de cirugía y aparatos de laboratorio, perdió la cuenta de las chicas de la Zona de Ubicación que llegaban mes tras mes, llevando bajo su brazo la tarjeta en la que marcaban el número de semanas de embarazo y cargando en sus conciencias el precio de una situación adversa que solo el tiempo sanará.

El puesto de salud, de capa caída, con la pintura desgastada y una fachada que otrora era una de las más llamativas de El Caramelo, las acogía con su cuerpo médico que hoy añora las épocas de bonanza. Aquellas en las que los jefes "paras" mandaban comprar medicamentos por montón y traer a reconocidos galenos de Montería y Bogotá para atender a los heridos de la guerra y para hacer una que otra cirugía estética. Varios cirujanos famosos a nivel nacional visitaron el puesto de salud de El Caramelo.

"Antes las Autodefensas nos daban la mano, ahora dependemos del Hospital San José de Tierralta, el cual nos debe dos meses de sueldo", se lamenta Alejandro Echavarría, bacteriólogo del centro asistencial.

## El vecino, el miedo

Al irse los paramilitares llegó un nuevo vecino: el miedo. Por lo menos así lo dejan ver los rostros de los miembros de cinco familias que huyeron de San Felipe-

Cadillo, vereda ubicada a cinco horas de distancia de Santa Fe Ralito, que aturdidas lo abandonaron todo en febrero de 2007 luego de que la guerrilla asesinara a un miembro de una de las familias.

Wilberto Díaz, Germis Pacheco Vargas, Yulemis Díaz Vargas y Claris del Carmen Vargas, algunas de las voces adultas del grupo, abandonaron las esperanzas de una tierra que se vistió de paz a punta de sangre, para engrosar la lista de desplazados que no para de crecer en Colombia.

De "carambola" encontraron un techo en buen estado para atrincherarse. La Policía de Santa Fe Ralito los acomodó en la que fuera la casa de Rodrigo Mercado Peluffo, alias "Cadena", comandante paramilitar de Sucre que fue asesinado en extrañas circunstancias en la Zona de Ubicación —algunos dudan que esté muerto—. Los costosísimos muebles antiguos que hace tres años decoraban la vivienda se esfumaron, y ahora las hamacas, colchonetas y un kit de cocina, donaciones hechas por Acción Social de la Presidencia de la República, es todo lo que hay en la enorme casa construida con madera de roble extraída de la reserva natural de 460 hectáreas, Parque Nacional Paramillo.

Marta Berrío, la maestra de la Institución Educativa Los Volcanes, asegura que todo cambió para mal. "Antes había seguridad, era un hecho. Ahora volvieron los robos y conflictos menores. Ahora reina la incertidumbre porque cada cierto tiempo el rumor de que la guerrilla está cerca nos ha obligado a acostarnos más temprano todos los días".

En la casa del desmovilizado Salomón Feris Chaid, alias "08" y quien hoy está preso por no haber cumplido los compromisos adquiridos en Justicia y Paz, el

miedo hace parte de las conversaciones diarias de sus empleados. "Ya no estamos tan seguros", dice Elkin Rafael Bettín Oviedo, un desmovilizado discapacitado que ayuda en las labores de la cocina.

La seguridad en la zona la prestan 15 policías que tienen el puesto de control en Ralito, desde donde parten todos los días a realizar rondas en El Caramelo, Los Volcanes y otras poblaciones. Una ayuda extra se las proporcionan 70 desmovilizados que conformaron una red de apoyo en comunicaciones, patrocinada además por el Ejército, "prohibido llamarla red de cooperantes porque no tienen armas", me advierte un agente de la Policía.

### ¿Por dónde salir?

Si la desgracia decidiera apoderarse de Santa Fe Ralito, El Caramelo y Los Volcanes —qué más desgracia que el olvido del Gobierno y de todo un país— otro problema les recuerda a sus habitantes que nacieron para quedarse y morir incomunicados en esta zona del departamento. Los 28 kilómetros de carretera que hay desde la vía pavimentada hasta Ralito son los más eternos del mundo por el pésimo estado en que se encuentran. Ni el carro de la cerveza, ese que en televisión aparece incluso en las poblaciones más apartadas de Colombia, pasa de Los Volcanes en temporada de invierno. Los políticos, dados sus intereses electoreros, llegan cargados de publicidad con la consabida promesa de que si los eligen, pavimentarán la vía. "Ya nadie les cree", comenta el dueño del único granero que subsiste en Ralito. Las demás tiendas cerraron porque se acabaron los compradores.

Recursos por el orden de los 450 millones de pesos, otorgados por el Gobierno Nacional a través de Acción

Social, se invirtieron en la construcción de 20 puentes en el año 2008, que a juicio de veedores de la zona resultaron bastante costosos.

“Esa es la única inversión que nos dejó el hecho de haber sido sede del proceso, por lo demás aquí solamente ejerce alguna presencia la OEA”, asegura Samuel Brunal Meza, quien cuida la sede de la organización en Los Volcanes.

La Organización de Estados Americanos (OEA) desarrolla programas de conciliación que han pretendido cambiarle el comportamiento a los habitantes de la Zona de Ubicación, ya que estaban acostumbrados a buscar a los “paras” para solucionar los conflictos por la vía menos pacífica. “Los resultados sí se han visto. Ya no se escucha la frase ‘vamos donde El Diablo’ a resolver ese problema”, comenta sonriente Samuel.

### Se vende

Una hectárea de tierra llegó a costar en la Zona de Ubicación hasta 15 millones de pesos en la época en que mandaban los “paracos”. El precio ha bajado a ocho millones y hasta menos. Así lo aseguran algunos habitantes que tienen sus parcelas en la zona y que quieren largarse cuanto antes, porque ya no vale la pena vivir en un terreno olvidado por buenos y malos.

En El Caramelo las pintorescas casas de madera adornadas con plantas y cubiertas por la sombra de enormes árboles, que le dieron un toque de familiaridad a la población que acogió a propios y extraños durante el proceso, también se encuentran en venta.

La única que luce como si no le hubiese pasado el tiempo es la propiedad de la ex representante Eleonora Pineda Arcia, quien estuvo detenida en la cárcel El Buen Pastor por el proceso de la “parapolítica”. Jorge, el muchacho que cuida la vivienda, dice que “todo sigue y seguirá igualitico esperando a la patrona, con quien hablo a cada rato. ¿Le doy su número para que la llame?”.

Mientras ella quiere volver, otros no le apuestan a regresar jamás, como Adolfo Arrieta Arrieta, el dueño de la única estación de gasolina ubicada cerca de la casa que era de “Cadena”. En la temporada alta, cuando un sinnúmero de camionetas Ford tipo platón hacían cola para tanquear en la única gasolinera de la localidad, lograba recaudar hasta cinco millones de pesos diarios. Al acabarse el proceso, al irse los “paras”, el Ejército y el Gobierno, las ventas no superaban los 500 mil pesos. Cerró. No le quedó otra opción.

Las prostitutas del pueblo también se fueron cargando sus pesares y enfermedades. Cuando la bonanza de hombres y dinero, asistían cada ocho días a consulta en el Camu de El Caramelo, después, como no había clientes, se descuidaron... hasta rumores de sida llegaron a correr por las poblaciones.

La Zona de Ubicación, aquella en la que la música y el ron hacían escándalo y estragos todos los fines de semana, se apagó lentamente. Algunos corridos prohibidos que hacen alusión a temidos narcotraficantes y “paracos”, que para el caso de lo que había en la región era lo mismo, suenan tímidos en algunas esquinas de Ralito.

Las letras de canciones que describen hombres fuertes dispuestos a hacer suyo lo de otros y a quedarse en tierras ajenas, son simples recuerdos de lo que padecie-

ron los pobladores de la Zona de Ubicación, curiosamente con alegría y esperanza.

Con la desmovilización creyeron en el Estado legalmente constituido. Con la soledad y la sensación de no haber sido importantes en el concierto nacional, hoy se sienten habitantes de la república del olvido.

## Los migrantes de Bijao

Estaban ahí, apretujados en la falda del cerro esperando que la retroexcavadora, a la que adoraban como a un santo mientras removía la tierra, les hiciera el milagro que los gobernantes no han podido concederles en cinco meses de hambre y abandono.

Con picos, palas, baldes y bateas en mano esperaban la largada para lanzarse al amasijo de agua y barro en busca del tesoro perdido.

Una mina de oro en etapa exploratoria, de propiedad de unos particulares en Puerto Libertador, se ha convertido en el único medio de sustento de 281 familias desplazadas de la zona conocida como Río Verde, que por consideraciones de Familias en Acción no son desplazadas sino "sufridas por hambre" o más hermoso y menos grave, "migrantes", como en 2008 bautizó el fenómeno José Obdulio Gaviria, asesor del Presidente Uribe.

Las caras cuarteadas por el agua y el sol, algunas arrugadas y otras frescas e infantiles, lucían esa expresión de conformismo propia de quienes pareciera que han perdido todas las oportunidades sobre la faz de la tierra. Aferrados a un suelo inestable debido a la escorrentía de agua que se desprende de la quebrada Las Claras, están ahí, al pie del cerro, con la convicción de que van a sacar el pedacito de oro que les dará de comer por lo menos hasta el próximo lunes, día que el dueño de la mina les regaló para rebuscarse.

Nuris Hernández logró sacar el lunes una chispita de oro que se la compraron por mil pesos los mercaderes del mineral; con eso tenía el deber de alimentar a sus tres hijos durante una semana. Ni la magia de Merlín se lo hubiese permitido.

Eduardina Ortiz Pacheco corre a contar que tiene más hijos que Nuris: cinco en total, que es viuda y que ha tenido que desplazarse en dos oportunidades haciendo tránsito por una región donde han hecho estragos la guerra por el control de la tierra y de los cultivos ilícitos, y el abandono estatal.

Desde marzo de 2008, cuando el Ejército penetró con fuerza a esa zona de las faldas del Paramillo, más conocida como el Alto San Jorge, a perseguir a todos los cultivadores de coca, llámense bandas emergentes o guerrilla, los "migrantes" comenzaron a salir despavoridos, entre tantas razones, porque también se quedaron sin trabajo. El sonar de los fusiles y las ráfagas disparadas desde un helicóptero les marcaron el compás del no retorno. Por su condición de desplazados, que se ha convertido en una discusión lingüística y para nada social, no tuvieron 'chance' de llevarse el pan debajo del brazo. La cuestión era salvar la vida o las pertenencias que consiguieron tras años de sacrificio.

En tres grandes grupos llegaron hasta el corregimiento Santa Fe-Las Claras, que todos llaman Río Verde, a alterar una vez más la tranquilidad de los habitantes que históricamente han visto desfilar por las calles polvorientas a paisanos desarraigados y angustiados. "Llegaron como almas en pena cargando niños que en su hablar enredado no se cansaban de preguntar por qué habían tenido que dejar sus casas. Los más chiquiticos dejaban salir un llanto lastimero", relató Pablo José, el más anciano del pueblo. Su actitud imperturbable es la imagen de las investigaciones reveladas por Orlando Fals Borda (q.e.p.d.) sobre el hombre del San Jorge: un campesino pasivo y explotado.

El primer grupo de 52 familias llegó el 18 de marzo de 2008, 89 familias más llegaron el 26 de mayo y las últimas 140 en darle la espalda al conflicto y ponerle la cara a la miseria lo hicieron el 30 de mayo de 2008.

Con las montañas del Paramillo a sus espaldas y el Valle del San Jorge en frente, construyeron dos "ranchones" con paredes de aire y techo de plástico, gracias a las pocas ayudas materiales que les ha dado la Alcaldía, y se metieron a vivir todos revueltos. Comparten la miseria, la desventura y el sueño de un mañana mejor. Se despiertan no con el cantar de los gallos, porque si hubiese ya se los habrían comido, sino con el llanto de bebés hambrientos y enfermos, y se acuestan con el mismo lloriqueo que les turba los pensamientos y la vida misma.

Héctor García Morales, a quien de tumbo en tumbo le ha tocado vivir en Aguas Lindas, Alto de San Pedro y La Secadora (Alto San Jorge) levantó su voz: "Esto es muy duro, porque todos los días para nosotros son lo mismo de difíciles".

No desconoce la realidad que les ha tocado vivir. Primero con la guerrilla y después con las Autodefensas y ahora con los mismos que unidos trabajan por conservar las áreas de siembra. La macabra alianza empleó a sus servicios a cientos de campesinos que vieron en sembrar coca, recogerla, raspar la hoja y hasta cuidar laboratorios, una mejor forma de vida.

### El teatro de operaciones

Desde 1950 el San Jorge ha sido una región mancillada por la violencia. Primero la guerrilla del EPL, luego las Farc, posteriormente las Autodefensas, ahora las bandas emergentes perseguidas por un Ejército que sigue al pie de la letra la política de Seguridad Democrática del Presidente Álvaro Uribe Vélez, como erradicar los cultivos y dar de baja a los actores ilegales que se niegan a ello.

En la zona rural de los municipios de Puerto Libertador, Montelíbano, Tierralta y Valencia se libran cruentos combates y se presentan circunstancias propias de la guerra sucia, como la siembra de minas antipersona por parte de la guerrilla en los alrededores de los caseríos donde vivían los desplazados de Puerto Libertador.

Uno de ellos contó que trató de regresar por los pollos y los marranos que había dejado abandonados y al llegar a su parcela el olor a tierra mojada mezclado con el hedor a carne podrida le invadió los pulmones. Los encontró despedazados producto del accionar de las minas. "Regresar es imposible, ya no hay tierra sana", murmura con dolor Leonardo Jesús Zapata Correa, 'migrante' de la vereda Altamira. De todas maneras la tierra dejó de ser sana desde hace mucho cuando los cultivos de yuca

y maíz fueron reemplazados por la coca. Algo que no era opcional, sino obligatorio.

### La mina, única alternativa

Con un sombrero raído por el tiempo, Leonardo se protege de un sol canicular que a las 12:00 del medio día cae incesante sobre las cabezas de las más de 300 personas que siguen esperando, al borde del abismo, el aviso del capataz para entrar a buscar el mineral.

Una ráfaga de viento caliente golpea los rostros de otros que, ganando tiempo y en busca de un golpe de suerte, trabajan en el agua amarilla restregando tierra. Los "picapiedras" silenciosos enjuagan el sudor en sus camisetas de propaganda política, enviando el mensaje de que eso es lo único que les han dado los que se dedican a "gobernar para el pueblo".

Se abren paso entre la multitud niños escuálidos que cargan baldes pesados llenos de piedra y arena. Las sonrisas se les borraron del rostro y en sus miradas se posó la desesperanza. Los cuadernos los cambiaron por artesas (bateas de madera), los juguetes por picos y palas y la diversión la reemplazaron por un chapuzón en el "Pozo del oro", como decidieron llamarle a la piscina de agua amarilla y barro que se forma al fondo de las excavaciones.

Jimmy Alexander Villegas Haller, uno de los administradores de la mina, contó que "por lo menos toda esta gente tiene dónde 'rebuscarse' y eso gracias al acuerdo al que llegamos con el Alcalde". Y es cierto, si no fuera así las mil 64 personas: adultos, jóvenes y niños, tendrían que conformarse con algo peor que nada. Pero igual de

riesgosa y desdichada es la realidad que llevan sobre sus espaldas, porque lo que hacen en la mina no les da para comer. "A veces los adultos nos vamos en blanco para que los hijos no se acuesten con la barriga vacía", refiere con una sonrisa inocente María Sandoval Ávila. "Colada, seño, fue lo que comí ayer", murmura el chiquillo que se recorrió el cerro de cabo a rabo buscando, según él, el sitio donde sí hay oro. La veta que sus papás todavía no han encontrado, pero que están seguros de que hallarán porque Puerto Libertador es reconocido por su riqueza aurífera.

### **El pueblo fantasma**

Río Verde, un corregimiento distante 40 minutos del casco urbano de Puerto Libertador, luce los lunes como un verdadero pueblo fantasma luego de que los "visitantes" "migraran" a la mina. Los que se quedan viven del pancoger y los dueños de las contadas tiendas y el único taller del pueblo, casi no salen de sus casas por miedo a cualquier balacera.

El pueblo tuvo movimiento cuando la economía ilícita trajo las cantinas, los billares y las prostitutas. Ahora sucumbe en la pobreza con un colegio en mal estado, sin médicos ni medicinas y con una iglesia de la que se han ido alejando los huérfanos de la violencia.

El alcalde Mario Carrascal Náder se defiende con una donación de lotes que hizo a algunos desplazados que estaban allí antes de que llegaran las 281 familias nuevas. Pidiendo auxilio reclama entendimiento porque encontró un municipio quebrado, por lo cual no le quedó otro camino que acudir a la Ley de Intervención Econó-

mica, hecho que agrava la crisis humanitaria de los "migrantes" de Puerto Libertador.

Elmi Andrade Gaibao, un joven de 25 años que se ha hecho reconocer como líder de los desplazados, ha apelado a su recursividad y tocando puerta a puerta ha reunido para los pasajes que le han permitido trasladarse a Montería en cuatro oportunidades, pero sus súplicas no han sido suficientes para volcar las miradas de las autoridades hacia ese pedacito de tierra.

Los desplazados, a su juicio, se convirtieron en los fantasmas que la gente hace como que no ve en las oficinas públicas. Por eso, de vuelta a Río Verde, Elmi se abre paso entre los mineros artesanales para decirles una vez más que lo único que les queda es seguir cavando hasta encontrar la veta que les devolverá la vida que perdieron, porque si regresan a las montañas estarían yendo a cavar sus propias tumbas.

## Una reparación que asusta

Una reparación que asusta a los niños de Ana es...  
aportaba un tipo de leche al cuadro familiar, la madre,  
con su mirada triste, reflejada incondicionalmente y descor-  
riendo sus ojos verdes recorriendo la habitación como  
intendiendo encontrar las respuestas que allí delataban  
lo que ella con su esposa y sus dos hijos mayores...

Las paredes negras por un hollín viejo y el piso tal-  
do por la mezcla lúgubre que quedó en las casca  
de material, ubicada frente a las montañas del Paramito,  
en la Cordoba, donde en la década de los 80 y media-  
dos de los años 90 mandaba única y exclusivamente la  
guerrilla. Nadie más.

Ana se mecía lentamente en una hamaca mientras  
amamantaba a su bebé de 10 meses. Sus otros dos hi-  
jos, Erson David y Jorge Luis, estaban al pie de ella en la  
habitación de una casa abandonada, donde alguna vez  
vivió una de las 29 familias que en 2003 los "paras" echa-  
ron del caserío Nueva Ilusión, corregimiento de Palmira  
en Tierralta.

Los niños lucían sus mejores ropas, pantalón azul  
y camisa blanca. La pinta era digna de una ocasión es-  
pecial: el 4 de septiembre de 2008 les devolverían las  
tierras que bajo presión tuvieron que venderles a los emi-  
sarios de las Autodefensas.

Recuerdan los desplazados que los hombres de  
las Autodefensas, llegaron un día con un maletín car-  
gado de plata, le repartieron a cada familia varios mi-  
llones de pesos, dependiendo no se sabe de qué, y  
les dieron una semana para que desocuparan. "Orden



del patrón y es mejor que la cumplan”, sentenciaron los Paramilitares. Antes de la semana la ilusión se esfumó del caserío y hasta los más retrecheros recogieron sus corotos y salieron como almas que lleva el diablo.

A pesar de que la inocencia de los niños de Ana le aportaba un toque de alegría al cuadro familiar, la madre, con su mirada triste, reflejaba incertidumbre y desconfianza. Sus ojos verdes recorrían toda la habitación como intentando encontrar las respuestas que allí dejó cuando tuvo que salir con su esposo y sus dos hijos mayores.

Las paredes negras por un hollín viejo y el piso rajado por la maleza fue lo único que quedó en pie de la casa de material, ubicada frente a las montañas del Paramillo, sur de Córdoba, donde en la década de los 80 y mediados de los años 90 mandaba única y exclusivamente la guerrilla. Nadie más.

El periodista Edgar Astudillo me relató hace cierto tiempo que justamente él y otros comunicadores en esa época recorrieron la zona y comprobaron que los campamentos de las Farc estaban en el propio casco urbano de Palmira, a unos 20 minutos de Tierralta.

Pero como en Colombia la violencia cambia de actores con la facilidad con la que los seres humanos cambian de sentimientos, llegaron las Autodefensas Unidas de Colombia y no solo desplazaron a la guerrilla, sino que hicieron ir a los campesinos, en un gesto que un “paraco” bautizó alguna vez como un acto de humanidad.

“Estamos en guerra y a la comunidad hay que moverla para que no sufra el rigor de la misma”, me dijo un paramilitar cuando en 2004 estaba en Santa Fe Ralito, cabecera de la ex Zona de Ubicación donde se adelantó la negociación Gobierno-

Autodefensas. Hoy está recluido en una cárcel. Palmira, corregimiento del Municipio de Tierralta, junto a Ralito, también hacía parte de ese teatro de operaciones.

Detrás de Ana, sus dos hijos y su esposo Luis, se fueron Rodrigo junto con su mujer Carmelita y sus cuatro muchachos. También salió de la tierra el costeño bonachón Héctor, quien más parece un paisa montañero; Jesús Antonio con su mujer y cuatro muchachos; Manuel Ramiro con siete miembros de su familia; Alfredo, Toño y muchos más. El último en salir fue Jesús Antonio, a quien le dieron más plata “y apenas tres días para que cogiera carretera porque me demoré mucho en decidirme. Yo creo que ellos ya estaban bravos conmigo”. Lógicamente, Jesús no esperó ni un día más para averiguarlo.

Los primeros que salieron, entre ellos Rodrigo, fueron los más de malas porque apenas recibieron cuatro millones de pesos. El miedo que les invadió el corazón y el pensamiento los obligó a irse desde el primer día que llegaron los “paracos”. Rodrigo cargó la ropa en una caja de cartón, empacó dos puños de arroz, los chócoros de la cocina y se despidió de la parcela en la que lo tenía todo. Con su esposa y sus hijos Duván, Duvier, Dina Luz y Daniel, caminaron unos kilómetros y luego consiguieron el transporte que los llevó a Tierralta a vivir como desplazados en un barrio de invasión. De allí se mudó con su familia a un caserío en donde actualmente trabaja cortando madera.

Según Acción Social de la Presidencia de la República, durante las tres últimas décadas, a Tierralta han

llegado más de 11.200 familias desplazadas de sitios conocidos como Batata, Florida, Venao, Paramillo, Diamante, Saiza y La Ossa. El casco urbano de la población tiene tres barrios de desplazados: Lo Nuestro, Villa del Río y Brisas del Juy. Tierralta creció a la fuerza cuando la población del Alto Sinú comenzó a salir despavorida del Paramillo y sus zonas de influencia.

¿Y qué hizo con los cuatro millones de pesos que le dieron los paramilitares?, le pregunté a Rodrigo. La sola inquietud le arrancó una mirada conformista. “No mucho señorita, pero ahí vamos”.

Rodrigo es un hombre alto, de pocas carnes y de sonrisa ingenua. Su mirada es la de un ser cándido que ni siquiera se enfurece cuando relata la historia de la penetración de las Autodefensas en sus vidas. Más lo golpeó haber encontrado su parcela convertida en un herbazal. A leguas se nota que esas tierras jamás las habitó nadie y que las Autodefensas las tomaron para extender un poderío feudal, propio de las causas de ultraderecha, y lógicamente con ello un corredor estratégico para mover la droga que sacaban del Paramillo, fuente de financiación de la causa “paraca”. Tres semanas después del retorno, este último hecho me lo confirmaron varios funcionarios del Gobierno Nacional, quienes no han dudado en hablar de frente sobre lo sucedido en Córdoba con las Autodefensas.

Otras extensas tierras ubicadas a la entrada de Tierralta, terminaron en manos de las Autodefensas. En ellas se pretendían desarrollar los proyectos productivos en los que trabajarían juntos desmovilizados y desplazados, pero la iniciativa que comenzó con la siembra de

plántulas de acacias una tarde soleada del año 2004, terminó en fracaso dado que las vastas hectáreas tenían problemas de titulación. Según el Alto Consejero, sencillamente para el Gobierno Nacional era inaceptable y muchísimo menos tenía presentación ejecutar proyectos en terrenos que habían sido arrebatados a otras personas.

### Llegó la Fiscalía

La última vez que los pocos mototaxistas, que tenían permiso de las Autodefensas para moverse en la zona de Palmira y sus alrededores, vieron llegar camionetas cuatro puertas a Nueva Ilusión, tierra bautizada posteriormente por los paramilitares como “El Porro”, fue justamente cuando los comandantes de las autodefensas paseaban por el sector buscando informantes de la guerrilla. Cuatro años después volvieron a ver los carros blindados de los que esta vez se bajaban fiscales de la Unidad de Justicia y Paz, miembros de la Comisión Nacional de Reparación, de la Organización de Estados Americanos (OEA), de la Defensoría del Pueblo, del Ejército y de la Policía.

La legalidad hacía muchísimo tiempo que no se paseaba por esas tierras y en los nuevos tiempos llegaba con una buena noticia que, a pesar de todo, no tranquilizó el latir acelerado de los corazones de los beneficiarios.

La alegría y la zozobra se confundían en la mirada nerviosa de los parceleros. La preocupación los llevó, sin darse cuenta, a increpar al abogado delegado de Mancuso. “¿Quién nos garantiza que no nos van a volver a sacar de aquí?”, le dijeron algunos de los campesinos.

El hombre alto y moreno, vestido de guayabera y zapatos de cuero, sudaba a cántaros, no sé si por la molestia que le causó la pregunta o por el calor abrasador que a las 12:00 del mediodía hacía en esa perdida porción de tierra del Alto Sinú. Sin bajar la cabeza, en un gesto de absoluto dominio, resolvió el asunto en una frase. "El señor Mancuso está cumpliendo y lo seguirá haciendo".

El fiscal Leonardo Cabana Fonseca le sumó la consabida explicación de que el Ejército y la Policía estarían permanentemente en la zona garantizando un retorno tranquilo. Resolvió el embrollo rápidamente, pero no convenció, porque han sido casi 60 años de violencia que se han vivido en esas tierras donde la ilegalidad se impuso, incluso a manguala con la ley.

De hecho, las parcelas Costa de Oro, ubicadas también en Tierralta, a orillas del serpenteante río Sinú, fueron devueltas a 58 familias campesinas el 26 de junio de 2008. Era la primera devolución de tierras hecha real por Salvatore Mancuso. Todos sin excepción acudieron a la cita, pero tres meses después el terreno luce solitario. Las mujeres no quieren volver porque dicen que no hay garantías y prueba de ello fue que un familiar de los que recibió tierras desapareció. Los parceleros, teniendo tierra, siguen en el corregimiento de Volador, un pueblo anquilosado en el tiempo, sin oportunidades y donde la pobreza golpea, pero la calma es menos tensa que en Costa de Oro.

Para los parceleros de Nueva Ilusión la discusión se acabó, pero la incertidumbre queda. Los campesinos recorrieron el predio colocando tablillas donde quedaban sus casas. Firmaron papeles y se tomaron la foto para la posteridad. Era la segunda entrega de tierras que se hacía en Córdoba en 2008. Algo que con orgullo, dijo

Eduardo Porras Mendoza, delegado de la Comisión de Reparación y Reconciliación, convierte al departamento en el más aventajado en el tema.

Tendría que serlo, pensé, sin embargo, son más de siete mil víctimas de la violencia que hay en Córdoba como consecuencia de las acciones de los grupos armados y la entrega de dos mil cien hectáreas a 87 parceleros no es nada comparado con la magnitud del desplazamiento.

Los campesinos de Nueva Ilusión, visiblemente emocionados, sonreían mientras recibían las carpetas que les entregaban los hombres de la Fiscalía, como devolviéndoles las esperanzas de un mañana mejor. Mientras, Ana, desde la ventana de la vieja casa abandonada, clavó su mirada en las verdes montañas y estoy segura que más allá de ellas. Imagina que ahí siguen estando los violentos.

## Un nuevo comienzo que se llama reparación

La oficina del Comité de Familiares Víctimas del Conflicto Armado en Córdoba (Comfavic) luce llena a toda hora. Por las escaleras del viejo edificio ubicado en la calle 29 entre carreras 1ª y 2ª de Montería suben y bajan hombres y mujeres que reflejan en sus caras una tímida esperanza mezclada con incertidumbre y miedo.

Muchos de los que acuden dejan ver su alma colgada de un hilo, sobre todo cuando se deciden a contar la historia de lo que les arrancaron los violentos.

Llegan hasta los asesores jurídicos y desvisten sus miedos perdiendo sus miradas en puntos indeterminados. No están seguros de qué es la Ley de Justicia y Paz y conocen poco del tema de reparación. Simplemente lo resumen en que les van a pagar a sus muertos y les van a devolver sus tierras, pero... ¿cuándo?

Al arribar a la pequeña oficina se encuentran con el abogado Mario Montes de Occa; con el presidente de Comfavic, Rodrigo Ogasa Rivero; con el secretario general de la ONG constituida el 23 de septiembre de 2006, Elkin Moreno Zúñiga y con la asistente Neyla Yépez Jiménez. Todos, víctimas de la violencia. Todos, desplazados. Todos, colombianos marcados por la tragedia.

Neyla Yépez no olvida que sus padres deambularon por el Urabá antioqueño y Valencia, hasta que la muerte se cansó y los dejó vivir en una humilde casa en el barrio Dos de Septiembre de Montería, vía al corregimiento de Guateque. A un tío de Neyla se lo llevaron de Pueblo Bello (Antioquia) "Los Tangueros", grupo al servicio de Fidel Castaño, y jamás se supo de él. A un hermano lo desaparecieron el 23 de abril de 1992, y a su padre, en últimas, le quemaron la casa en Guadual, Valencia.

Rodrigo Ogasa, por su parte, es un humilde campesino de Valencia que todavía tiene incrustadas en su cuerpo dos balas, las cuales pareciera que lo fortalecieron para poner la cara por los familiares de unas 8 mil víctimas, quienes dispuestas se sometieron al vía crucis antes que renunciar a la ilusión de la reparación.

Elkin Moreno, quien hace honor a su apellido por su color de piel, cuenta entre sus pesadillas el asesinato de sus padres y de un hijo en Urabá. La violencia lo convirtió en un cordobés adoptivo más.

Mario Montes ha tenido que salir varias veces de Montería, debido a que ha sido amenazado.

## Testimonios

Entrar a esa pequeña oficina y mantenerse en pie sin afectarse, sin dejar que el dolor de las historias toquen las fibras del alma, es casi imposible.

¿Usted solicitó reparación? Le pregunté a una señora que intentó esconder su cabeza entre el mamotreto de papeles que constituyen su grueso expediente. Los ojos rojos que asomaban un par de lágrimas me revelaron el dolor que la embargaba, que ni siquiera le permitía hablar.

La asistente de Comfavic la liberó de tener que relatar lo que algunas veces la hace desvariar, apartándola del mundo real. Neyla me contó que le mataron a 10 familiares entre hermanos, cuñados y sobrinos en La Rula, Valencia; en Bajirá, Urabá; y en Morrocoy, San Pelayo.

A sus 65 años, la mujer de cabellos grises luce perdida y agobiada, pesimista y terriblemente sola.

¿Usted solicitó reparación? –volví a romper el hielo con otra señora a quien los relatos de la violencia ya no la sorprenden.

"Sí, nosotros confiamos en que eso se haga una realidad, porque lo que nosotros vivimos, el desplazamiento, es una cosa muy grande", me dijo.

Y proseguí la conversación:

¿Usted es desplazada de dónde?

"De Juan José, Alto San Jorge".

¿Por qué salió de allá?

"Porque me amenazaron y nos hicieron salir. El papá que me crió lo mataron".

¿Quiénes?

"Esas son cosas que uno se las reserva".

¿Hace cuánto que salió de allá?

"Nosotros salimos hace siete años".

¿Y ahora dónde vive?

"Aquí en Montería con mi esposo, que es discapacitado".

¿Confía en el proceso que se está adelantando?

"Sí, porque confío en el abogado y en Comfavic, porque es una gente honesta".

¿Cree que el Presidente les va a cumplir?

"Claro que sí, porque las tierras que nos quitaron deben ser devueltas, porque nosotros somos los que llevamos del golpe. A los que nos sacaron les pagan mensual, entonces a nosotros también tienen que ayudarnos".

¿Usted qué piensa de los jefes paramilitares que están presos?

"No le puedo decir nada, no me puedo meter en esas carnes, porque usted sabe que quien tiene el poder es quien da el golpe".

¿Todavía tiene miedo?

"Todavía hay gente en la calle y uno está arriesgando su pellejo. Es más, uno no declara las cosas bien o no las dice todas por temor, porque hoy en día hay muchos torcidos. Es que estamos viviendo en un país corrupto, en una Colombia que tiene abajo a la gente honesta, a los que fuimos campesinos que no le debemos nada a nadie, y sin embargo nos quitaron todo".

## La otra pesadilla

Pero el asunto de la reparación no es tan simple. El trámite es engorroso según lo explica el asesor jurídico de Comfavic, Mario Montes De Occa, debido a que entidades y autoridades que tienen la misión de facilitar el proceso no lo hacen decididamente. "Las víctimas del conflicto armado están totalmente abandonadas, invisibilizadas, desprotegidas".

Para el abogado, que en dos oportunidades ha tenido que salir de Montería por amenazas contra su vida, las cuales no lo han convencido de abandonar definitivamente Córdoba, el proceso es demasiado lento y "a decir verdad tan solo contamos con la ayuda decidida de la Fiscalía, a la que incluso le hace falta personal para responder con celeridad. Las demás entidades como Defensoría del Pueblo, Procuraduría, Personería, son indiferentes. Por eso las víctimas nos hemos tenido que organizar para autodefendernos". Autodefendernos, una palabra que hace parte del vocabulario de muchos cordobeses.

Y si a todos los problemas descritos por Mario Montes de Occa se le suma el hecho de que hay personas en la sombra interesadas en que no les restablezcan los derechos a las víctimas, el asunto se complica aún más.

Para quienes han sufrido el rigor de la violencia por más de dos décadas, no ha representado ninguna ventaja que los ex jefes "paras" estén en la cárcel. Se supone que guardados allí se librarían de sus tentáculos, pero resulta que otras personas en la sombra, tan poderosas y dañinas, quienes compraron esas tierras a los paramilitares, no ven con buenos ojos el hecho de tener que de-

volvérseles a los campesinos después de haber pagado por ellas.

Según Comfavic, en el departamento de Córdoba hay 39 mil hectáreas de tierra usurpadas por los actores ilegales, las cuales están siendo reclamadas por 800 familias. Sin embargo, sumando las víctimas que ha logrado aglutinar el Comité, más las reportadas en la Fiscalía y en Acción Social de la Presidencia de la República, se concluye que en Córdoba habría más de 20 mil víctimas de la violencia.

“Nosotros estamos preparados para eso, para defender los derechos de esta gente abandonada, pero si no contamos con un Estado diligente y preparado, los procesos se harán eternos. Es que no es justo que camine más rápido la justicia para los malos que para los buenos”, dice Mario Montes, a quien además le preocupa la perversa relación que se dio entre los “narcos”, paramilitares y políticos, lo cual disparó el número de víctimas en esta región.

Pese a las continuas amenazas y al asesinato de las líderes Yolanda Izquierdo y Ana Isabel Gómez, Comfavic no renuncia, sigue pisando fuerte y hablando de manera vehemente contra las entidades que tienen la misión de ayudar más decididamente y no lo hacen, contra un Gobierno Nacional que, a juicio del Comité, experimenta con las víctimas en el tema de la reparación.

Para el abogado del Comité, “el problema es que no tenemos unas autoridades comprometidas con la defensa social de la comunidad. Nosotros hemos denunciado casos de concejales que amenazan a las víctimas si cuentan muchas verdades. Les dicen que se atengan a las consecuencias”.

## ¿Hay plata?

Según Eduardo Pizarro Leongómez, presidente de la Comisión Nacional de Reparación, sí hay deficiencias en el fondo de financiación para reparar a las víctimas, no obstante, hay una ventaja en el modelo colombiano, pues a diferencia de otros países aquí se hará con los bienes de los responsables de crímenes atroces y, subsidiariamente, con aportes del Estado.

“Es la primera vez en la historia que los victimarios se ven obligados a reparar a las víctimas con sus propios bienes. Ni el general Pinochet en Chile, ni el almirante Massera en Argentina pusieron a disposición del Estado sus bienes para llevar a cabo esta política”, asegura Pizarro Leongómez.

En Colombia se habla de que más de 40 mil víctimas han reclamado reparación, un 20 por ciento son cordobesas. Ellas están esperanzadas en que antes de que los ex jefes “paras” salgan de la cárcel, reciban, más que un acto simbólico, el derecho a rehacer la vida en la tierra que perdieron y la posibilidad de despojarse de las pesadillas sangrientas que tanto les han hecho daño.

Los rostros de la violencia y el drama humano que abundan en Córdoba y que se encuentran en todo el país, esperan lograr algo más que la confesión de quienes les robaron la paz, porque al quitarse la mordaza decidieron volver a vivir.

No es fácil, pero lo intentan a pesar de que el miedo decidió posarse en sus almas y estremecerlas lentamente al compás de un reloj que ha marcado el momento de las negociaciones entre el Gobierno y los ex jefes pa-

ramilitares, el de los procesos de paz, el tiempo de los compromisos adquiridos por el Presidente para devolver la institucionalidad a las zonas vulnerables y ahora un nuevo comienzo que se llama reparación, el cual es tan real en el papel, como confuso en el presente, y lo peor, incierto en el futuro.

EDITORIAL  
**LEALON**

Carrera 54 Nro. 56-46  
☎ 571 94 43 y 231 43 64  
Medellín - Colombia  
lealon@une.net.co  
Agosto de 2009